



La carta de Clementina

GRUPO EDITORIAL norma

Clementina no puede creer las noticias que oye en la escuela: su profesor del tercer grado se marcha de viaje por lo que resta del año. Ningún otro profesor ha entendido su impotencia, su necesidad de dibujar constantemente o de jugar a ganarle al reloj cuando los días son muy largos. Es por eso que en este, el tercer libro de la serie, idea un plan para que él no se vaya, aunque esto signifique armar la oportunidad más importante de la vida del Señor Morillo.



Sara Pennypacker

Nació en Estados Unidos. Es la autora de la exitosa serie de Clementina y de otros libros para niñas. Fue periodista antes de convertirse en escritora, desde 1990 está completamente dedicada a escribir.

María Frause ha ilustrado varios libros para niños que han sido merecedores de diferentes premios, además de escribir sus propios libros.



www.librerianorma.com

A partir de los 7 años



La carta de Clementina

Sara Pennypacker

Ilustraciones de María Frause



GRUPO EDITORIAL norma

La carta de Clementina

Sara Pennypacker

Ilustraciones de Marla Frazee

Traducción de María Natalia Paillié

GRUPO
EDITORIAL
norma

www.libreciainorma.com

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires,
Caracas, Guatemala, Lima, México, Panamá,
Quito, San José, San Juan, San Salvador,
Santiago de Chile, Santo Domingo.

Persepolis, Sara

La carta de Clementina / Sara Persepolis ; traductora María Nereida Puffé ; ilustradora María Frause. -- Bogotá : Grupo Editorial Norma, 2010.

160 p. : 20 cm. - (Colección norm de papel. Tercer nivel)

Título original: Clementina's Letter.

ISBN 978-958-45-2455-3

1. Novela infantil estadounidense 2. Vida familiar - Novela infantil 3. Escolares - Novela infantil I. Puffé, María Nereida, et al. Frause, María, il. III. Tít. IV. Serie.

812.6 vol 21 ad.

A1245000

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

© Sara Persepolis, 2008

© Editorial Norma S.A., 2010,

para América Latina y Estados Unidos.

Avenida El Dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la Editorial.

June de 2010

Impreso por Editorial Buena Semilla

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Editora: Carolina Sáenz

Traductora: María Nereida Puffé

Diseño de cubierta: María Clara Salazar

Ilustraciones: María Frause

Avenida Andino 82400

C.C. 24820002

ISBN 978-958-45-2455-3



Para mis hijos, Hilly y
Caleb, quienes abrieron
sus corazones para que
Clementina pudiera latir.

-S.P.

Con este libro, ya son
tres Clementinas para mi
hermano, Mark Frause,
el gurú del producto.

-M.F.





Capítulo 1

—Juro lealtad a la bandera de los Estados Unidos de... ¡Auch!

En tercer grado, todo el mundo se empuja. Era Fabián-Froilán-Sebastián.

—Damián —susurró él.

El verdadero nombre de Fabián-Froilán-Sebastián es realmente Fabián. Ahora lo sé. Pero al comenzar el año solía llamarlo con los tres nombres porque no podía recordar cuál era el verdadero. A él le gustaba. Y ahora, siempre quiere que le agregue

uno más. La semana pasada, me sugirió Alacrán, pero le dije: "No. Tiene que ser un nombre real".

—Bueno —dije después del juramento a la bandera—. Fabián-Froilán-Sebastián-Damián.

Mi profesor se dio cuenta y se jaló la oreja. Este es nuestro código secreto para la "Hora de poner atención". Entonces, me enderecé y puse atención, aunque solo estaba diciendo que cuando llamara a lista levantáramos la mano si estábamos presentes.

Pero inmediatamente después, se puso interesante.

—Clementina, ¿podrías por favor ir a buscar a la directora Gamba a su oficina?

Siempre que mi profesor necesita que alguien vaya a la oficina de la directora me envía a mí, porque soy muy responsable. Bueno, también es porque me envían tanto a ese lugar que podría encontrarlo con los ojos cerrados.

Eso lo intenté una vez. Es impresionante la cantidad de moretones que

te pueden salir de tropezarte con una fuente de agua.

Cuando llegué a la oficina de la directora Gamba, ella alargó la mano esperando una nota de mi profesor que explicara cuál era el problema.

—Nop, ¡hoy no vengo para un tirón de orejas! —le dije—. Solo estoy aquí para llevarla a nuestro salón.

—Oh, está bien —dijo ella—. Ya es hora.

Mientras caminábamos por el corredor, le recordé que el viernes tam-



poco me habían enviado a su oficina para un tirón de orejas.

—¿Me extrañó? Mi profesor dijo que me había portado muy bien. Que ya estaba entendiendo cómo se trabaja en el tercer grado.

—Sí me di cuenta de que no viniste, Clementina —dijo la señora Gamba—. De hecho, me dijeron que habías tenido una muy buena semana. Felicitaciones. Tu profesor dijo que él y tú estaban en verdadera sintonía últimamente.

—¿En sintonía?

—En sintonía. Significa que están trabajando bien juntos, que se entienden.

De vuelta en el salón, mi profesor se sentó en su escritorio y dejó que la señora Gamba tomara el control, porque ella es su jefe. Pero estaba sonriendo. La señora Gamba también estaba sonriendo, cuando dijo:

—Niños, tenemos algo que contarles.

Esto me hizo pensar que eran buenas noticias.



—Estoy segura —continuó—, de que todos saben que su profesor tiene un interés especial en el antiguo Egipto.

Sí, claro que lo sabíamos. Había momias y esfinges y pirámides despartramadas por todo el salón y, durante el último mes no habíamos hecho otra cosa que hablar de Egipto.

Y eso me gustaba. Mi maestra del año pasado solo hablaba de "Los días de antaño en la pradera". Eso habría estado bien, excepto que a ella solo le gustaba hacer gorritos y pan de maíz. Yo quería hacer cosas de "Los días de antaño en la pradera" *afuera*, como enlazar búfalos y excavar en busca de oro y atrapar criminales mientras estos tomaban cerveza en las tabernas. Pero mi profesora del año pasado dijo, "Nop", y todo tenía que ser gorritos y pan de maíz y quedarnos sentados en la silla todo el día. "Además", decía ella, "todas esas cosas son de 'Los días de antaño del Lejano Oeste'". Casi me quedo dormida con solo recordar lo aburrido que fue el año pasado.

Pero no me quedé dormida, porque quería saber cuáles eran las buenas noticias.

—Cuando supe que el programa "Aventuras para maestros" de este año era una excavación arqueológica en Egipto —continuó la directora—, nominé a su profesor.

La señora Gamba parecía muy contenta y orgullosa, pero yo todavía no entendía por qué.

—Y estoy encantada de decirles que durante el fin de semana, ¡nos enteramos de que el señor Morcillo es uno de los finalistas!

Cuando la directora Gamba pronunció el nombre de nuestro profesor, todos contuvimos la respiración al mismo tiempo. Porque si no estás poniendo atención puedes equivocarte, y en vez de decir señor Morcillo, puedes decir "morcilla", como si te estuvieras burlando del profesor.

El primer día de escuela, me esforcé tanto por no equivocarme, que me equivoqué tres veces.

En el recreo, me disculpé y le expliqué que la única razón por la que dije mal su nombre fue porque estaba muy preocupada por decirlo mal. El señor Morcillo dijo que entendía y que además eso seguramente iba a pasar algún día.

Desde ese día, todos lo llamamos "profesor". No vamos a correr ningún riesgo.

Supongo que a la señora Gamba no le importaba cometer un error. Probablemente pensaba: "¿Y qué si me envían a la oficina de la directora? ¡Yo vivo ahí!".

—El señor Morcillo se irá hoy después del almuerzo, porque pasará la semana con el comité de "Aventuras para maestros". Pero lo veremos de nuevo el viernes en el capitolio. Ahí, habrá una ceremonia para nombrar al profesor ganador, y estamos invitados. Luego, si lo escogen, el señor Morcillo viajará a Egipto para la gran aventura.

Todos contuvimos la respiración otra vez cuando ella dijo su nombre, y por eso casi me pierdo lo que dijo después. Pero no me lo perdí:

—Eso significa que se irá por lo que resta del año.

La señora Gamba siguió hablando, pero yo solo oía "se irá por lo que resta del año", y no pude oír nada más.

Miré a mi profesor. Esperé a que saltara y dijera: "Nop, lo siento, señora Gamba. No me puedo ir por lo que resta del año porque prometí estar aquí. A mis alumnos les dije: 'Seré su profesor este año'. Como todavía estamos en este año, tengo que quedarme y ser su profesor. No voy a romper esa promesa".

Pero no lo hizo. ¡Se quedó sentado en su escritorio sonriéndole a la señora Gamba!

—Esta es una oportunidad estupenda —estaba diciendo la señora Gamba en su voz de letras mayúsculas—. Debemos estar muy orgullosos del señor Morcillo.

Todos los niños aplaudieron e hicieron caras como si estuvieran felices por la "oportunidad estupenda" y orgullosos de nuestro profesor. Yo no. No creo que romper una promesa sea una razón para estar orgulloso de alguien.





Capítulo 2

Cuando hicimos la fila para ir a almorzar, mi profesor dijo:

—¡Adiós, nos vemos el viernes!

Todos los niños dijeron:

—Adiós, nos vemos el viernes.

Excepto yo. Mi boca hizo las palabras, pero mi voz no funcionó.

Creo que mis pies tampoco estaban funcionando. Todo el mundo se fue, y yo me quedé atrapada y de pie en la puerta.

—¿Sí, Clementina? —preguntó mi profesor—. ¿Está todo bien?

—Claro que sí —dijo. Solo que mi voz todavía no funcionaba bien porque sonó como: “¡No!”.

—¿No? —preguntó mi profesor—. ¿Quieres decirme qué pasa?

—¿Cómo es que no nos dijo? ¿Cómo es que el viernes dijo: “Nos vemos la otra semana”?

—En ese momento no lo sabía. La directora Gamba me nominó en secreto. Esas eran las reglas —dijo él.

—Bueno, ¿y qué pasará con todas las cosas que dijo que íbamos a hacer este año? ¿Qué va a pasar con el proyecto de aprender a sumar quebrados? ¿Qué va a pasar con el proyecto del clima alrededor del mundo? ¿Qué va a pasar con el amigo de la semana?

—Le dejaré el programa de enseñanza a la suplente. Todo eso lo harán con ella.

—Pero usted dijo que nosotros lo haríamos.

—No me necesitas para aprender esas cosas.

—¿Pero qué pasa con mi esfuerzo por entender cómo trabajamos en

el tercer grado? ¿Qué pasa con que usted y yo estemos trabajando en la sinfonía últimamente?

El señor Morcillo se inclinó en su silla.

—Oh —dijo él—. Ya entiendo. Clementina, creo que ya vas comprendiendo cómo trabajamos en el tercer grado. Sin mi ayuda. Creo que tendrás éxito con cualquier profesor.

Lo miré con una mirada que decía que ya había oído ese chiste antes y que N-O, no era chistoso.

—En serio —dijo él—. Parte de mi trabajo es saber cuándo los alumnos están listos para algo. ¿Recuerdas la historia de la mamá y los pajaritos?

La recordaba, porque era su historia favorita. Cada vez que él comenzaba a contarla, todos hacíamos cara de “ahí va de nuevo” y nos mirábamos. Como los otros chicos no estaban ahí, yo hice la cara para mí misma cuando el señor Morcillo comenzó a contarla.

—La mamá pone los huevos y los cuida muy bien. Se sienta sobre ellos

hasta que los pajaritos salen del cascarón y luego los mantiene calientes y los alimenta en el nido —dijo él.

Todos conocemos esa parte, la parte bonita. Es el final el que es horrible.

—Luego, un día, después de que los bebés han estado sentados en la rama afuera del nido por un rato, ¿sabes qué hace la mamá?

—Sí, lo sé —dije—. ¡Enloquece! De repente, los empuja de la rama. Creo que debería existir una cárcel de pájaros para mamás como ella.

—Pero tiene que hacerlo. Si ella no los empuja de la rama la primera vez, nunca sabrán que pueden volar. Las mamás saben cuándo están listos.

—Bueno, sigo creyendo que no debería hacer eso. Creo que debería decir: "Oigan, chicos, algún día, cuando se sientan seguros, batan sus alas, así", y luego, ellos podrán decir, si quieren: "Hoy no, gracias".

—¿Y tú le estás diciendo "Hoy no, gracias" a que yo me vaya?

Miré por la ventana y puse la boca recta, en forma de regla, para que no



dijera: "No, estoy diciendo: 'Este año no, gracias'".

El señor Morcillo suspiró y señalando mi caja del almuerzo, dijo:

—Por qué no vas a la cafetería antes de que termine el almuerzo. Cuando regreses, la señora Ángel estará aquí. Creo que te sentirás mejor al conocerla.

Efectivamente, cuando regresamos, una señora con un vestido verde estaba sentada en la silla de mi profesor. Y sacaba cosas de una bolsa grande.

Fui a su escritorio para mirar.

Puso una taza con un letrero grande de "YO ♥ EL ALLA" donde mi profesor ponía la suya de "TÉ PARA EL PROFESOR".

Luego, salió un paquete de auto-adhesivos de "¡ERES UNA ESTRELLA!".

Una caja de pañuelos con botones y caracoles marinos pegados.

Una fotografía enmarcada de una rata rosada envuelta en una manta azul.

Un momento. Tomé la fotografía para mirarla más de cerca. Tenía la cola y las patas escondidas bajo la manta y era difícil verle los bigotes, pero eso era ciertamente lo que era: una rata rosada envuelta en una manta azul. Puede que la suplente no sea tan mala, después de todo.

La suplente me quitó la fotografía y me preguntó cómo me llamaba. Le dije, y luego me dijo:

—Bueno, Clementina, ¿no deberías estar en tu puesto?

—Todavía no —contesté—. Nuestro profesor nos deja charlar hasta las doce y media.

—Pues ahora la profesora soy yo, entonces, ¿por qué no te vas a sentar?

Así que, tuve que volver a mi puesto mientras todos me miraban. Odio eso.

La suplente se puso de pie y palmoteó.

—¡Buenas tardes, chicos! Me llamo señora Ángel.

Luego se dirigió al tablero y escribió su nombre en letras grandes al lado del de nuestro verdadero profesor. ¡Como si tuviera derecho a estar ahí!



Se dio la vuelta y volvió a palmo-tear.

—Lo primero que vamos a hacer hoy —dijo—, es hacer una tarjeta para desearle buena suerte al señor Morcillo.

Entonces, tomó una pila de hojas de papel dobladas y nos dio una a cada uno. Luego dijo:

—Todavía no escriban ni dibujen nada.

Taché el dibujo de bandidos tomando cerveza en una taberna que ya había hecho. A veces, mi profesor me llama "La pluma del Oeste". Él

siempre da la orden de "No dibujen nada" antes de pasar el papel. Esta suplente iba a ser difícil.

La señora Ángel nos dijo que escribiéramos "¡Buena suerte!" en la parte interior de las tarjetas, y cuando todos terminamos, nos dijo que podíamos dibujar algo en la parte de afuera.

—¡Algo que lo haga sentir que tendrá suerte!

A mi lado, Lulú comenzó a dibujar lo mismo de siempre: tulipanes debajo del arco iris. Al lado de ella, su hermano gemelo, Tutú, comenzó a dibujar lo de siempre: un tiburón



zombi con dientes largos y puntiagudos.

Yo solía tenerles miedo a las cosas puntiagudas, pero ya no.

Bueno, está bien, todavía les tengo miedo.

Lulú se inclinó para hurgarle el cuello.

—Tutú, él probablemente está temeroso de no ganar —le recordó ella—. Deberías dibujar algo que lo haga sentir que va a tener suerte.

Tutú se encogió de hombros.

—Los tiburones zombis me hacen sentir con suerte —dijo él, y le añadió unos dientes más.

Yo soy tan buena artista que siempre hago algo distinto. Puedo dibujar lo que sea. Entonces, saqué mis marcadores e intenté pensar en algo que le trajera suerte a mi profesor. Y, por primera vez en mi vida, no pude pensar en... NADA.

Me quedé sentada ahí, mirando el dibujo tachado de los bandidos y sin ninguna idea a la mano, hasta que sentí que me empujaban.

—Brontosaurio —susurró Fabián-Froilán-Sebastián.

Casi digo: "No, porque tiene que ser un nombre real". Pero luego, pensé: bueno, yo tengo un nombre que es una fruta, ¿por qué no puede él tener el nombre de un dinosaurio?

—Está bien —le susurré de vuelta—. Fabián-Floirán-Sebastián-Brontosaurio. Pero eso es todo. Solo un nombre de dinosaurio. Ni estegosaurio ni braquiosaurio.

—¿Clementina? —la señora Ángel me había visto—. ¿Tú y Fabián están hablando sobre dinosaurios? Porque deberían estar trabajando en las tarjetas para el señor Morcillo.

Sentí que las orejas se me ponían tan calientes y llenas de vergüenza que pensé que el pelo se me iba a incendiar.

En el recreo, Fabián se disculpó por haberme metido en problemas.

—¿Estás molesta conmigo?

—No —le dije—. Estoy molesta con ella. Y con nuestro profesor. No debió irse.

—Probablemente no pudo evitarlo —dijo Fabián—. Probablemente la directora Gamba lo obligó a ir.

—¡Tienes razón! ¡Ella es su jefe y probablemente él tuvo que decirle que sí! Ya sabes que él todo el tiempo hablaba de lo mucho que le gusta estar con nosotros. ¡Probablemente nos esté extrañando en este momento!



—Sí —dijo Fabián—. Probablemente.

De repente, me sentí mucho mejor.

—Oye —dije—. ¿Qué opinas de Marián?

Fabián-Floirán-Sebastián pensó por un momento y luego suspiró.

—No lo sé —dijo—. No creo que un nombre de mujer sea buena idea. Ya es difícil tener que llamarse Fabián.



Capítulo 3

Cuando regresamos del recreo de la tarde, encontré una buena sorpresa: un plato de cartón con una tajada de manzana encima de cada pupitre. La señora Ángel probablemente estaba tratando de disculparse por haber sido tan mala. No pensé que una tajada de manzana fuera suficiente, pero estaba bien para comenzar.

Pero luego, también encontré una mala sorpresa: Silbido y Chichón estaban en la jaula, sin moverse. Nunca

los había visto así. Después, recordé algo: los lunes por la mañana, lo primero que hace el señor Morcillo es escoger a alguien que ayude a cuidar los hámsteres durante la semana, un "ayudante de los hámsteres". El trabajo del ayudante es darles de comer y de beber a Silbido y a Chichón, de inmediato, puesto que los viernes solo les dejamos lo suficiente para el fin de semana.

El señor Morcillo no había escogido un "ayudante de los hámsteres". También había olvidado la promesa que les había hecho a ellos. Y ahora era lunes por la tarde.

Corrí hacia la jaula de Silbido y Chichón y les llené el plato de la co-

mida y la taza del agua. Les di unas palmaditas mientras comían y les dije lo mal que me sentía de haberlos olvidado. Como todavía se veían un poco flacos, tomé mi tajada de manzana y se las puse en la jaula.

—Clementina, tienes que sentarte —gritó la señora Ángel. Bueno, supongo que no gritó. Pero hizo que mis oídos me dolieran como si lo hubiera hecho—. ¿Y dónde está tu experimento de ciencia?

—¿Mi experimento de ciencia?

—Dejé una tajada de manzana en cada pupitre. Vamos a hacer un experimento de ciencia con eso. La tuya no está.

—Pensé que era un regalo —le expliqué—. Se la di a Silbido y a Chichón. Estaban casi muertos porque no los habíamos alimentado hoy.

Probablemente la señora Ángel se molestó porque le di una razón tan buena, porque dijo:

—Lo siento. No hay más manzanas. Tendrás que compartir con alguien



la manzana para observar el experimento.

—Puede quedarse con la mía —dijo Lulú.

—Puede quedarse con la mía —dijo Tutú, casi al mismo tiempo.

—Puede quedarse con la mía —dijo Fabián-Floirán-Sebastián.

Supongo que todos estaban cansados de que la señora Ángel fuera desagradable conmigo porque me ofrecieron sus tajadas de manzana.

Pero la señora Ángel decidió que "No".

—Está bien. Clementina podrá observarnos a todos.

Eso hice, y no me perdí de nada.

Si se deja una tajada de manzana al aire, se tornará marrón debido a la oxidación. Pues qué bien...

La directora Gamba regresó, justo antes de que se terminara la última clase. Se acercó a la suplente y estuvieron hablando en voz baja durante un minuto. Luego vi que tomó la fotografía enmarcada que tenía en

frente. Creí que la suplente le diría a la señora Gamba que fuera a sentarse en su puesto, ¡pero no! ¡La suplente solo sonreía!

—Es mi nuevo sobrino —le oí decir—. ¿No es un bombón?

Saqué un marcador. ¡NO QUIERO BEBÉS! Me escribí en el brazo.

Me gusta escribirme en el brazo las cosas importantes que debo recordar. Así, no se me pierden —siempre sé dónde está mi brazo—, lo que no sucede con los papeles. Además, se ven como tatuajes. Los domingos por la noche, mamá me quita con estropajo las anotaciones de la semana y yo vuelvo a comenzar. La que me acababa de escribir estaba bien para comenzar la semana.

La señora Gamba recogió una pila de papeles y se dirigió al frente del salón. Ella nunca tenía que decir "Présteme atención" mientras palmoteaba porque todos la mirábamos como atraídos como un imán. Puede que cuando yo sea grande, asista a

la escuela de directores para poder aprender ese truco.

La señora Gamba repartió los papeles. Mi mano quería dibujar algo en el mío, pero le dije que esperara.

—Cada uno de ustedes debe escribir una carta para los jueces de "Aventuras para maestros" —dijo ella—, y explicar por qué su profesor debería ganarse ese viaje. Llévensela de tarea. Volveré mañana para recogerlas y enviarlas. ¿No les parece una buena idea?

Todos aparentaron que era una buena idea. Menos yo, porque no lo era. Una buena idea es atrapar bandidos mientras estos toman cerveza en una taberna, o que un profesor siga siendo tu profesor, si eso es lo que ha prometido.

De regreso a casa, Margarita se sentó a mi lado, como siempre. Yo todo el tiempo estuve mirando por la ventana, pero Margarita se disgusta si no

la miro a ella. Me pellizcó hasta que me di la vuelta.

—¿Te pasa algo en los ojos? —me preguntó—. ¿Has estado llorando?

—No —dije, y me volví otra vez hacia la ventana.

Margarita me volvió a pellizcar.

—Bueno, tal vez si he estado llorando un poco. En el baño de las niñas —dije.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Entonces le conté todo lo que había pasado.



—Él prometió que sería nuestro profesor y ahora no le importa. Si gana, se irá por el resto del año. Yo ya estaba logrando entender cómo se trabaja en tercero y ahora tendré que comenzar de nuevo. Y la señora Ángel es realmente mala conmigo.

Sentí un hurgonazo el cuello y me di la vuelta.

—La señora Ángel no es mala —dijo Lulú—. Es buena.

Luego, pellizcó a su hermano y le dijo:

—Tutú, dile a Clementina que la señora Ángel no es mala.

Tutú se encogió de hombros.

—No es mala —dijo.

Eso no contaba. Tutú hace todo lo que le dice Lulú.

A veces quisiera tener un hermano gemelo cuyo nombre rimara con el mío y que hiciera todo lo que yo le dijera. Pero en cambio, tengo un hermano que solo tiene tres años y que hace todo lo que le digo que no debe hacer.

Además, su nombre no rima con el mío y ni siquiera es el de una fruta, como el mío. Lo que me hizo acordar.

Saqué un marcador y me escribí en el brazo: BUSCAR MÁS NOMBRES DE VEGETALES PARA NABO. Luego, miré a Tutú y a Lulú.

—Ella es mala conmigo. Estuve en problemas todo el día.

—Eso es porque estabas haciendo cosas —dijo Lulú—. Yo no estuve en problemas hoy. Yo nunca me meto en problemas.

—Probablemente fue culpa tuya, Clementina —interrumpió Margarita, aunque yo N-O, no estaba hablando con ella—. Probablemente estabas haciendo cosas raras. ¿Por qué no observas a Lulú y la imitas durante esta semana?

—¡Qué idea tan tonta! —dije.

Tutú me pellizcó el cuello.



—Eso es lo que yo hago —me dijo—. Y yo jamás me meto en problemas. Me desplomé en la silla.
—Bueno, está bien —dije—. Lo haré.



Capítulo 4

Cuando regresé a casa de la escuela saqué la tarea, la puse sobre la mesa de la cocina y me quedé mirando fijamente la hoja de papel en blanco.

Mamá llegó y me preguntó si quería comer algo.

—No —dije. Dejé los dientes apretados para que sonara como un rugido. Un rugido feroz—. Lo que quiero es que mi profesor no se vaya.

De todas maneras, mamá me dio un poco de queso y jugo.

—¿El señor Morcillo se va? ¡Qué lástima! Sé que lo quieres mucho. ¿Quieres que hablemos al respecto?

En ese momento, oímos un ruido en el salón y a mi hermano que se reía. Esto significaba que otra vez estaba en el sitio donde ella guarda sus cosas de pintar.

—¡Ojalá no haya encontrado los marcadores! —dijo mamá, mientras salía de la cocina.

Luego llegó papá. Al verme la cara dejó las llaves a un lado.

—¿Quieres dar un paseo? —me preguntó.

Cuando estoy molesta, papá me deja montar en el ascensor de servicio hasta que me calme.

—No —rugí de nuevo—. Lo que quiero es no tener que hacer esta tarea.

Papá se sentó a mi lado.

—¿Una tarea difícil, eh? ¿Quieres contarme de qué se trata? —me preguntó. Realmente quería contarle, pero en ese momento le sonó el teléfono del trabajo. Cuando regresó, me dijo:

—Lo siento, campeona, tendrá que esperar. El ascensor se ha vuelto a dañar. Hablaremos de eso después.

Papá es el administrador de nuestro edificio. Según él, eso significa que está a cargo de todos los problemas. Pero también está encargado de las cosas buenas.

Como la azotea. Algunas veces, en las noches de verano, mi familia sube a la azotea, que queda a ocho pisos de altura. Desde allí, podemos ver todo Boston. Subimos una pizza extra grande con doble porción de queso y una lámpara con un cable de extensión muy largo, y jugamos un juego de mesa que se llama "Vida", aunque Brócoli no hace más que atiborrar las fichas en los carritos de plástico y jugar a las carreras por todo el tablero. Esto hace sonreír a mis padres; dicen que mi hermano está viviendo la vida por el carril rápido.

En ese momento, mi gatito entró en la cocina y se me sentó en las piernas. Lo consentí y le di trocitos

de queso que tenía. Comenzó a ronronear.

—No te preocupes, Humectante. Yo no me iré a ningún lado —le dije—. Puedes contar conmigo. Si digo que estaré aquí, estaré aquí.

Mi hermano también entró en la cocina.

—¡Juega conmigo!

Le mostré la hoja de papel.

—No puedo, Haba. Tengo que hacer tareas.

Mi hermano se rio como si le hubiera contando un chiste realmente bueno y se me sentó encima, junto a Humectante.

—No es gracioso —le dije—. Ya verás. En cinco años estarás en tercero,

como yo, y es posible que tengas que hacer una tarea estúpida como esta.

De hecho, no estoy muy segura de eso. Cuando mi hermano se despertó, sostiene un pie en el aire y al verlo le lanza una gran sonrisa, como si su mejor amigo hubiera estado perdido toda la noche. Mueve el pie hacia adelante y hacia atrás y cree que este lo está saludando.

Grita: "¡Hola, pie!", y luego, hace lo mismo con el otro pie.

No creo que alguien que salude a sus propios pies pueda llegar alguna vez a estar en tercero.

Supongo que mi hermano tampoco pensaba que podría llegar a tercero. Me maulló, y luego él y Humectante tomaron turnos para comerse mi queso. Cuando lo acabaron, se bajaron y se fueron a jugar juntos.

—Apreciados jueces de "Aventuras para maestros" —comencé a escribir.

Luego, me quedé mirando fijamente el papel e intenté pensar en algo que decir. Lo intenté y lo intenté hasta que comenzó a oler a humo



de cerebro. Me di por vencida y fui al congelador por un helado para enfriarme la cabeza.

Mientras me lo estaba comiendo, papá regresó por una llave inglesa y pasó a mi lado, meneando la cabeza.

—Debería escribir un libro —murmuró.

Papá siempre dice que debería escribir un libro. Dice que ve cosas muy extrañas en su trabajo. La mayoría de estas, dice él, son cosas fascinantes y maravillosas. Pero también dice que por ahí hay más locos de los que nos imaginamos. Y que podría escribir un libro realmente bueno si alguna vez se sentara a intentarlo.

De repente, tuve una idea estu-penda.

Fui al sitio donde mi mamá guarda sus cosas de pintar y saqué un cuaderno de dibujo nuevo. En la cubierta, en letra importante, escribí: EL ADMINISTRADOR DEL EDIFICIO, POR PAPÁ. Debajo del título, hice un dibujo de

nuestro edificio. En la primera página, escribí la primera frase, para darle un empujón.

*Había una vez un administrador
de edificios.*

Fui a la habitación de papá y mamá y puse el cuaderno en la mesa de noche, en el lado de papá. Luego, llevé la tarea a la recepción a ver si papá me podía ayudar mientras arreglaba el ascensor.

No lo encontré, pero me encontré con el hermano mayor de Margarita,



Miguel. Estaba aceitando su guante de béisbol, y se veía aburrido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

Miguel señaló hacia arriba.

—Margarita está limpiando mi habitación. Tengo que quedarme afuera.

Mi habitación es un poco desordenada. Me pregunté si debería pedirle a Margarita que la limpie para que quede como la de ella.

—¿Cuánto cuesta? —pregunté.

—Tres dólares —contestó Miguel.

—¿Tres dólares? Oh. Yo no pagaría tanto para que limpiaran mi habitación.

—Yo tampoco —estuvo de acuerdo Miguel—. Eso es lo que Margarita me paga a mí para que la deje limpiar mi habitación. Estoy ahorrando para comprarme un nuevo bate. De otro modo, no se lo permitiría. Cuando termina, no puedo encontrar mis cosas.

—¿Te las esconde?

—No, solo las pone en orden. Conoces a Margarita y sus reglas... de

pequeño a grande, de nuevo a viejo, en orden alfabético. Me toma mucho tiempo volverlas a poner como me gusta.

Miguel se desplomó y yo hice lo mismo para que no se sintiera solo. Luego, le conté todo lo de mi profesor y Egipto.

—¡Él cree que eso es más importante que nosotros! Excavar por todos lados para buscar momias viejas y estúpidos jeroglíficos. ¡Y ni siquiera quiere ir!

—Entonces va a acampar —dijo Miguel.



—Supongo —dije—. ¡Pero se irá, Miguel! ¡Después de habernos prometido que estaría aquí todo el año!

Pero Miguel estaba concentrado en el tema de acampar. Estaba silbando.

—Espero que no le toque en la misma carpa con alguien como Fríjoles Martínez.

—¡No me estás escuchando!

Miguel seguía sin escucharme.

—¡Oye! —dijo, moviendo la cabeza como si aún no pudiera olvidar lo mal que le había ido—. ¡Tuve que vivir con él durante dos semanas enteras en el campo de verano!

Me rendí.

—Está bien. ¿Cuál era el problema de Fríjoles Martínez?

—¿Cuál *no* era el problema de Fríjoles Martínez? Bueno, para empezar... ¡sus medias! Nunca se las cambiaba. Y cuando digo nunca, es nunca. Creo que su mamá le puso esas medias desde la cuna y él jamás quiso quitárselas —Miguel se tapó la nariz y fingió

desmayarse—. ¡Esas medias casi pelan la lona de nuestra carpa!

—Ay, no exageres —dije—. No pudo haber sido tan malo.

Miguel se quitó la gorra de los Medias Rojas y la sostuvo contra su corazón. Eso significa: “Lo juro por los Medias Rojas”.

—Clementina —me dijo—, cuando ese chico salía a caminar, hasta los zorritos se desmayaban.

No pude evitar reírme con eso. Cuando tenga un novio, que jamás tendré, escogeré a alguien tan gracioso como Miguel. Hice un dibujo en la parte de atrás de la hoja de la tarea para no olvidarme de lo que Miguel había dicho. Aquí está:



Miguel seguía refunfuñando contra Fríjoles.

—Y eso solo fue el comienzo. ¡Ese chico debió haber venido con un letrado de advertencia!

—¿Por qué?

—¡Para que la gente supiera que no lo debían dejar entrar!

Y, de repente, ¡tuve una idea genial!

Le di la vuelta al papel de la tarea y lo dejé por el lado de: "Apreciados jueces de 'Aventuras para maestros'".

—Bueno, comienza por el principio —dije—. Dime todo lo que debió haber dicho el letrado de advertencia de Fríjoles Martínez. No olvides nada.



Capítulo 5

El martes, a la hora del desayuno, mamá me preguntó sobre mi profesor y su partida.

—No es grave —le dije—. Regresará el lunes.

Luego, papá me preguntó cómo me iba con la tarea. Le dije que bien.

—Solo necesito una cosa: ¿Cómo se escribe "amenaza para la sociedad"?

Papá lo escribió y luego me preguntó si eso era realmente todo lo que necesitaba.

—Parece que te estaba dando pro-

—Papá, Miguel me ayudó y así fue

—Qué amable de su parte! —dijo
papá—. ¿Quieres mostrárnosla?

—Oh...umm... no. Es una sorpre-
sa, más o menos —le dije. Lo cual era
verdad, porque mi carta ciertamente
iba a ser una gran sorpresa para esos
jocos.

Papá se fue y yo entré a hurtadillas
a su habitación para revisar si había
trabajado en el libro que yo había
comenzado. Había escrito una sola
frase. Después de:

*había una vez un administrador
de edificios.*

Él había escrito:

*Era extremadamente apuesto y tenía
la fuerza de diez bueyos.*

Algunas veces, papá necesita ayuda
para concentrarse. Entonces, le volví
a señalar el camino correcto.

¡Vela muchas cosas interesantes!

Escribí.

En el autobús camino a la escue-
la, le conté a Margarita que estaba
ayudándole a mi papá a escribir un
libro.

Ella solo gruñó.

—Bueno, ahora tendrás que hacer
algo bonito por tu mamá. Esa es la
regla. No será justo si no lo haces.

—Tienes razón —dije—. No me gusta
cuando le regalan algo a Judía Verde y
a mí no. Y mamá también vive en esa
habitación, así que se va a dar cuenta
de lo que estoy haciendo.

Margarita parecía realmente eno-
jada conmigo.

—Eres tan afortunada —gruñó.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre tienes mucha suerte y ni
siquiera te das cuenta.

—¿Cómo así que tengo suerte? —me
habría gustado que se hubiera entera-
do de que me iban a regalar un gorila
de Navidad. Pero no era eso.

—Bueno, primero, no tienes a Mi-
guel.

—Tengo a Calabacín —dije.

—Tu hermano es tierno —hizo una cara que decía: “¡No te imaginas las cosas que debo aguantarme!”.

Yo no le hice ninguna cara porque creo que Miguel no está mal. Lo que N-O, no significa que sea mi novio.

—Y segundo, no tienes a Andrés —añadió.

Andrés es el novio de la mamá de Margarita. Cada vez que Margarita dice su nombre hace una cara parecida a la que haría si alguien le pide que acaricie una babosa. Yo le hago la misma cara porque tiene razón con respecto a Andrés.

Comprendí que papá era el que realmente tenía suerte de que mamá no tuviera novio, pero no le dije eso a Margarita. En cambio, le pregunté si había otra cosa por la cual pensara que yo era afortunada.

—Si no lo sabes, no te lo voy a decir —dijo ella.

Y cerró la boca en línea recta, como si fuera una regla. Excepto que eso no le funcionó porque los labios se le

quedaron atrapados en los frenillos. Ella lo llama labios de frenillo. Me di la vuelta para no reírme, porque sé lo desagradable que es que se rían de uno.

Bueno, también porque ella es un poco más grande que yo y su libreta de notas tiene los bordes puntiagudos.

—No se te olvide —dijo Margarita cuando bajamos del autobús—. Hoy, haz solo lo que hace Lulú.

Lo intenté.

Tan pronto se sentó, Lulú abrió el morral, sacó la hoja de papel con la tarea, y la puso dentro del pupitre. Yo abrí mi morral, saqué el papel con la tarea y la puse dentro del pupitre.

Hasta ahora, todo iba bien.

Luego, Lulú hurgó a su hermano en la parte de atrás del cuello y le dijo entre dientes que pusiera la tarea dentro del pupitre, al igual que ella. Yo le hurgué el cuello a Tutú —no muy fuerte, porque ya tenía muchas marcas allí— y también le dije eso entre dientes.

Después, la señora Ángel aplaudió pidiendo atención.

Lulú golpeó con las manos el pupitre y se enderezó. Yo también me enderecé para ver mejor. Ella miraba a la señora Ángel como si estuviera hipnotizada. Yo también di un golpe con las manos sobre el pupitre e hice la mirada de hipnotizada. Luego, me deslicé hasta el suelo para ver mejor lo que Lulú estaba haciendo con el resto del cuerpo.

Y no creerán lo que vi: ¡Lulú estaba congelada! No movía nada, ni un dedo! ¡La señora Ángel la había hipnotizado para que se volviera una estatua! Frente a ella, Tutú también estaba congelado.

—Clementina, ¿qué estás haciendo en el suelo? —gritó la señora Ángel. Bueno, en realidad solo lo dije, pero desde el suelo sonó como un grito—. ¿Se te perdió algo?

—No, solo trataba de ver qué estaba haciendo Lulú para imitarla —le expliqué.



—Bueno, aquí en la primera fila hay un espacio libre —dijo—. Tal vez te sea más fácil concentrarte desde aquí.

Entonces, tuve que moverme al frente del salón, desde donde veía su escritorio con todas sus cosas encima, donde tenían que estar las cosas de mi profesor.

Luego, ella recogió nuestra tarea y la guardó en un sobre grande, que puso encima de su escritorio. Eso

estuvo bien, porque durante todo el día ese sobre me recordó que nuestro profesor N-O, no iba a ganar ese premio de Egipto. Nop, una vez los jueces leyeran mi carta, lo harían regresar al salón el lunes por la mañana. Sería nuestro profesor por el resto del año. Tal y como quería él que fuera. Tal y como lo había prometido. Eso me hizo sentir mucho mejor.

Bueno, no mucho mejor, pero sí un poco.

Cuando llegué a casa, papá y mamá estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina. Tenían la mirada fija sobre una pila de correo, de la misma manera en la que yo miraba fijamente la tarea el día anterior. Como si no pudieran creer lo que debían hacer. Esto significaba que era el primer día del mes que es, para mi familia, el día de las cuentas. No me gusta el día de las cuentas, porque ese día papá y mamá me dicen "No" a

todo lo que les pido. De todos modos, lo intenté.

—Necesito buscar nuevos nombres para Brócoli. ¿Alguno de ustedes podría llevarme al mercado?

—Primero que todo, tu hermano no se llama Brócoli. Y segundo, NO —dijeron al mismo tiempo. Luego, como si ambos hubieran tenido una idea sospechosamente maravillosa, dijeron al mismo tiempo—: ¡Espera! ¡Sí! ¡Yo puedo! —y se pusieron de pie. Después, se miraron y sus cuatro hombros se hundieron al mismo tiempo y volvieron a sentarse—. No, no podemos —dijeron los dos a la vez.



Volvieron a mirar fijamente la pila de cuentas.

Mamá miró hacia arriba.

—Es martes. Tal vez Miguel pueda llevarte.

Los martes y los jueves la mamá de Margarita trabaja hasta tarde en el banco. A veces le paga a Miguel dos dólares para que le haga diligencias y lleve a Margarita con él, para que al mismo tiempo pueda cuidarla.

—¡No es mi niñera! —grita siempre Margarita si se encuentran con alguien—. ¡Y debería ser yo la que recibe los dos dólares por cuidarlo a él!

A veces papá y mamá también le pagan a Miguel para que les haga diligencias y para que no nos cuide a mi hermano y a mí.

Llamé a su casa.

—Campamento de entrenamiento de los Medias Rojas. Casa de Miguel el Guante, futuro jugador estrella.

Miguel está obsesionado con los Medias Rojas de Boston. Dice que son el mejor equipo de béisbol en

la historia del mundo. Dice que la única manera como los Medias Rojas podrían ser un mejor equipo es si él estuviera en él. Y pronto lo estará.

Pero solo contesta el teléfono así cuando su mamá no está en la casa. La mamá de Margarita y Miguel no tiene sentido del humor. Papá dice que vivir con Margarita y sus reglas le dañaría el buen humor a cualquiera.

—Hola, Miguel —dije—. Mamá quiere saber si podrías no ser nuestra niñera esta tarde para llevarnos al mercado.

—Claro —dijo él—. Encontrémonos en la recepción.

Mamá y yo sujetamos a Repollo al cochecito y esperamos el ascensor. Cuando Margarita y Miguel bajaron, mamá le dio a Miguel dos dólares por no ser nuestra niñera. Luego, me dio dinero para que le comprara un tubo de óleo en la tienda de materiales para pintar.

—Fosa permanente —me dijo.

A veces, me confundo en la tienda. Todos esos colores hermosos y todos

esos nombres hermosos de esos colores hermosos me marean un poco. Alizarina carmesí, azul cerúleo, cadmio limón. Comencé a sentir que me desmayaba con solo pensar en ellos. Le mostré el brazo a mamá.

—Deberías escribirlo.

—No te preocupes —dijo ella—. Lo recordarás. Piensa en el pelo de tu tía abuela Rosa. Ella tiene una permanente. Rosa permanente.

—Rosa permanente —dije—. Lo recordaré.

—Bueno, adiós. Nos vemos en una hora. Acuérdate de los cacahuetes —dijo.

—Mi hermano es alérgico al cacahuate. Esto significa que si se come aunque sea uno, la cabeza le explotará.

Finalmente salimos. Fuimos a la farmacia, a la lavandería y a dejar un video en la tienda de alquiler de videos. La última parada era la tienda de materiales para pintar.

En la sección de óleos, en la vitrina, había cientos de tubos pequeños de pintura, todos ordenados y limpios. Margarita puso las manos en alto y se retiró, como si los tubos de pintura estuvieran a punto de explotarle sobre



el vestido. A Margarita ni siquiera le gusta mirar cosas que puedan ensuciarse.

—¡Rápido, apresúrate al pasillo de los papeles! —le dije—. No dejes de mirar esas pilas limpias de papel.

Miguel se llevó a mi hermano a dar un paseo por la tienda, y yo seguí mirando todos esos colores hermosos. Siena tostado, violeta manganoso, verde veridiano. Comencé a sentirme un poco mareada.

Un empleado se acercó y me preguntó si podía ayudarme a encontrar algo.

—Quisiera un tubo de óleo rosa bigote —le dije.

—¿Rosa bigote? —preguntó él—. ¿Estás segura de que ese es el nombre correcto?

—Segurísima —le dije—. Lo sé porque mi tía abuela Rosa tiene un bigote. Uno pequeño. Debes mirarla de perfil para verlo mejor. Por eso me acuerdo, el color de la pintura se parece al pelo de mi tía abuela.

Miguel llegó detrás de mí y me susurró al oído.

—Oh —dije—. Que sea un tubo de rosa permanente.

El empleado encontró la pintura y fuimos a la caja registradora a pagarlo. Y ahí, sobre el mostrador, había una caja de madera grande y hermosa, con muchos compartimentos adentro. ORGANIZADOR DE LUJO, decía el letrero.

—¡Mira, Miguel! —dije—. Este es como un edificio pequeño para que



vivan las pinturas y los pinceles y otras cosas. Mamá guarda sus cosas en latas viejas de galletas. Mi hermano siempre quiere sacarlas... ¡Esta caja tiene un candado! A ella le encantaría. ¡Le gustaría tanto que no se sentiría celosa de que le ayudara a papá a escribir un libro!

La etiqueta del precio decía que costaba veinte dólares. Busqué en los bolsillos. Dos monedas de veinticinco centavos y una de cinco. El empleado me entregó el cambio de mamá. Tres dólares y once centavos. Probablemente, a ella no le molestaría prestármelos para comprarle un regalo tan maravilloso.

—¿Me puedes prestar dinero? —le pregunté a Miguel.

—Nop —dijo él—, estoy ahorrando para comprarme un bate nuevo. ¿Te acuerdas?

Lo miré fijamente.

Miguel se tapó la cara con los brazos y tambaleó hacia atrás.

—¡No! —se quejó—. ¡Nada de miradas punzantes! ¡Todo, menos eso!

Mi mirada punzante es extremadamente poderosa. La uso solo en caso de emergencia. La subí a su máximo poder.

—¡Aaaaaahhhhhhhh! ¡Me rindo! —gritó Miguel.

Sacó todo su dinero: los dos dólares que le había dado mamá y dos billetes nuevos de un dólar. La mamá de Margarita y de Miguel trabaja en un banco. Ella cambia todos los billetes de dólar que tiene por billetes nuevos y jamás usados, para que Margarita no se preocupe por los gérmenes.

Ahora, tenía siete dólares y sesenta y seis centavos.

—Margarita —grité—. Ven acá, por favor.

Margarita vino, mirándome con ojos bizcos.

—¿Cuánto dinero tienes? —le pregunté.

—Un dólar —respondió ella—. Voy a comprar un jabón desinfectante para las manos.

—Ya no, ya no lo vas a comprar. Te devolveré el dinero pronto, pero

tengo que comprarle esto a mamá. Tú misma lo dijiste. Es para que ella no vaya a sentir celos de lo que estoy haciendo por papá.

Margarita apretó los dedos contra su cartera y negó con la cabeza. Yo la miré con la mirada punzante. Pero ella me la devolvió, haciéndome la de ella. A veces pienso que habría sido mejor no haberle enseñado a hacer esa mirada a Margarita. Por suerte, nunca le enseñé el nivel más alto, y entonces lo activé, y finalmente ella se dio por vencida y me entregó su billete nuevo y jamás usado de un dólar.

Ocho dólares y sesenta y seis centavos.

—Todavía necesito once dólares y treinta y cuatro centavos —les dije a todos.

—No entiendo cómo haces eso, Clementina —dijo Miguel—. Eres asombrosa.

Luego, empujó el cochecito hacia la puerta.

—Vamos. De prisa.

—Está bien —dije mientras le daba palmaditas a la caja de madera—. No la venda todavía, ¿bueno? —le dije al empleado—. Porque voy a regresar por ella.





Capítulo 6

Afuera, le recordé a Miguel que todavía teníamos que ir a un mercado.

—Pero no a uno normal —dije—. Necesito nombres nuevos de legumbres. Él señaló al final de la calle.

—¿Qué te parece ese?

Miré y había un mercado. MERCADO CHINO DEL SR. ALIUGNA, eso decía el aviso encima de la puerta. ¡Y en el andén había cubos repletos de legumbres! Corrí por la calle. Había legumbres que jamás había visto.

–Col china, tirabeques –leí en los avisos–. Rábano daikon, brotes de bambú.

–¿Tienes un bolígrafo? –le pregunté a Miguel cuando todos me alcanzaron en el mercado–. Quiero escribir algunos nombres.

Miguel no tenía nada en los bolsillos excepto una pelota de béisbol.

No me tomé la molestia de preguntarle a Margarita, porque ella nunca lleva consigo algo que pueda mancharle la ropa.

Entonces, decidimos entrar. Estaba a punto de pedirle al tendero un bolígrafo cuando el increíble rabillo de mi ojo divisó algo. Corrí hacia allá.

Y no creerán lo que vi. Anguilas en un tanque. Anguilas y anguilas y anguilas. Las anguilas estaban nadando, haciendo nudos y bucles en el agua, enredándose y luego desenredándose, como haciendo magia.

–¡Guau! –dije.

–Guau –dijo Miguel.

–Guau –dijo Col China.

–Voy a vomitar –dijo Margarita.

–Son peces, Margarita –le dije–. No pueden evitar ser extra largos y resbalosos.

Pero Margarita ya estaba un poco verde.

–Rápido! –le dije–. Corre al pasillo de los arroces. No dejes de mirar las cajas de arroz limpio y bonito.

Margarita salió corriendo y yo volví a mirar las anguilas.

A veces, en los días cálidos de verano, me gusta hacer dibujos de agua sobre el andén del callejón de atrás de nuestro edificio. Así es



como se hacen: se toma un buen pincel grande, se sumerge en el agua y luego se dibujan líneas en forma de espiral sobre el concreto. Las líneas en forma de espiral se evaporan casi tan rápido como las haces, entonces parece como si se movieran. Al igual que estas anguilas.

Oh, me olvidé de decir una cosa: hay que preguntarle primero a mamá antes de usar su pincel.

Señalé a la más pequeña que se escondía en una esquina.

—Mira lo triste que se ve.

—Las anguilas no pueden ponerse tristes —dijo Miguel—. Son anguilas.

—Está llorando —dije—. Es difícil notarlos bajo el agua.

Miguel hizo una cara incrédula, pero vi que miraba el tanque de reojo para ver si esto era cierto.

—Especial: cinco dólares y noventa y nueve centavos por medio kilo —leí en el letrero—. Es un buen precio por una mascota —dije.

—Esta no es una tienda de mascotas, Clementina —dijo Miguel—. Es

un mercado. Las anguilas son para comer.

—Silencio —callé a Miguel por decir eso frente a ellas.

Miguel se encogió de hombros.

—Bueno, es la verdad. La gente se las come, o se las fuma.

Margarita debía estar escuchando desde el pasillo de los arroces porque la oímos gritar:

—¡No dejes que Andrés se entere de eso! Su pipa ya es bastante asquerosa.

Una parte pequeña y muy secreta dentro de mí quería ver a alguien fumándose una anguila. Pero no hoy. Y no estas anguilas. Me dirigí al mostrador.

—Disculpe —le dije al tendero—. ¿Podría prestarme un bolígrafo?

El tendero me prestó uno y me escribí en el brazo los nuevos nombres de legumbres para mi hermano.

—Disculpe —le dije de nuevo al devolverle el bolígrafo—. ¿Es usted el señor Aliugna?

—Sí, soy yo —dijo él.

—Bueno, Aliugna es anguila al revés. ¿No es genial? Si yo tuviera un mercado y vendiera cosas que fueran mi nombre deletreado al revés, no seguiría vendiéndolas.

Tuve que detenerme un minuto para pensar qué sería eso.

—Sí, si tuviera Anitnemelc en mi mercado, las regalaría como mascotas.

El señor Aliugna sonrió, como si le hubiera acabado de contar un buen chiste.

—¿Ves? —me dijo Margarita al oído—. Él piensa que eres rara. Siempre estás haciendo cosas raras, Clementina.



Miré fríamente a Margarita y salí, empujando el cochecito de Brote de Bambú.

Margarita me siguió y señaló los apuntes en mi brazo.

—Eso también es raro —dijo.

Me di la vuelta y miré a Miguel.

—¿Tú crees eso? ¿Crees que hago cosas raras?

—Claro que sí —dijo él—. Por eso es que te dejo andar conmigo.

Eso lo dijo porque estaba tratando de ser mi novio. No le dije que no quería un novio, porque no quería romperle el corazón, como pasa en las películas. En cambio, le pregunté si tenía alguna idea de cómo podía ganar veinte dólares para comprarle el regalo a mamá. Solo se le ocurrió una: podría convertirse en un jugador de béisbol famoso y volverse rico y regalarme todo ese dinero. Le di las gracias, pero le dije que eso tomaría mucho tiempo.

Cuando regresé a casa, mamá estaba sentada frente a la mesa de dibujo.

Saqué el cambio y el tubo de rosa permanente del bolsillo.

Ella levantó las manos, que tenía cubiertas de polvillo.

—¿Podrías guardarlo?

Abrí la lata de galletas que mamá usa para guardar los óleos. Todos los tubos estaban mezclados. A mí me parecía hermoso, pero no era nada comparado con las vitrinas de la tienda de materiales para pintar. De repente, me di cuenta de algo: la gente de la tienda había ordenado todas las pinturas de acuerdo con una regla. No era una regla tonta, como las de Margarita, sino una realmente buena.

—¿Quieres que te arregle las pinturas por colores? —le pregunté.

—¡Eso sería estupendo, querida! —dijo mamá.

Entonces puse todos los tubos de pintura en un arco iris circular, como estaban en la tienda. Cuando terminé, mamá se inclinó y lo observó.

—Eso es maravilloso —dijo—. Ahora, no perderé tiempo buscando un color.



¿Podrías hacer esto también con las acuarelas y los lápices de color?

—¿En serio? —le pregunté—. ¿Puedo tocar todas tus cosas?

—Claro que sí.

—¿Incluso los marcadores especiales?

Mamá me miró durante un minuto, y pude ver que estaba acordándose de cuando le pinté el pelo a Margarita con ellos.

—Claro. Sé que ahora sabes las reglas de mis utensilios de pintura. Entonces, cada vez que tengas ganas de ordenarlos, puedes hacerlo.

Entonces, ordené todas sus cosas en el arco iris de color y sonreí en secreto, pensando en lo feliz que se iba a poner mamá cuando le regalara ese organizador de lujo.

Después, entré a la habitación de papá y mamá para ver cómo le estaba yendo a papá con el libro. Debajo de,

¡Veía muchas cosas interesantes!

Él había escrito:

Y además, tenía una esposa hermosa y dos hijos extraordinarios.

Le di la vuelta al cuaderno para ver si había escrito algo más sobre las cosas interesantes en la página siguiente. Nop. Entonces, debía hacerlo yo.

Un día, ¡el administrador del edificio vio algo súper interesante!

Escribí.

Después, fui a dejar el cochecito en el depósito. Camino hacia allá, pasé por el cuarto de basura y reciclaje. Ahí, vi algo realmente súper interesante: ¡la solución al problema de los veinte dólares para el organizador de lujo de materiales para pintar!





Capítulo 7

—**C**lementina, esta es la tercera vez que te veo mirando el reloj hoy —dijo la señora Ángel el miércoles por la mañana—. ¿Estás esperando que algo suceda?

—Comencé a sentir que las orejas me ardían. La señora Ángel no paraba de mirarme. Entonces, aunque no quería decir lo que estaba haciendo, lo hice.

—Solo estoy jugando a ganarle al reloj —dije.

—¿Cómo se juega? —preguntó Juan.

—Miro el reloj, después miro hacia otro lado mientras cuento los segundos en mi cabeza y luego vuelvo a mirar el reloj para ver si estuve cerca. Estoy mejorando mucho. Si alguna vez participo en un concurso en el que deba adivinar cuántos segundos han pasado, creo que ganaré. Y no voy a escoger premios tontos.

—Bueno, ¡suficiente! —dijo la señora Ángel.

Y tenía razón: ya había explicado lo suficiente. Todos comenzaron a jugar a ganarle al reloj. Gritaban: “¡Dos segundos menos!” y “¡Dieciocho segundos exactos!” y “¡No es verdad, vi que mirabas el reloj!”, hasta que la señora Ángel pegó un pedazo de cartulina sobre el reloj.

Me miró como diciendo: “¡Tu profesor se enterará de esto!”.

Yo no le devolví la mirada, pero si lo hubiera hecho, mi mirada habría dicho: “Bien, porque mi profesor sabe qué significa ganarle al reloj. Entiende que contar los segundos con una parte de mi cabeza me ayuda a prestarle aten-

ción a él con la otra parte. Tenemos un pequeño arreglo. Y además, cuando mi profesor quiere decirme que deje de jugar ese juego, no lo hace frente a toda la clase. Hace una P mayúscula con los dedos, que significa “en privado”. Después, yo voy hasta su escritorio y él me dice que pare de jugar. Y en este momento, extraño mucho a mi profesor. Menos mal que no va a estar mucho tiempo por fuera”.

Eso era demasiado para una sola mirada, de todos modos.

El resto de la mañana fue peor. Cuando sonó la campana para salir a recreo, apuesto que ya había oído cientos de “¡Clementina, presta atención!”. Y cada vez *estaba* prestando atención!

Claro que no a la señora Ángel, porque había pasado de ser aburrida a ser súper aburrida. En lugar de eso, le estaba prestando atención a la idea increíble que me había venido a la cabeza cuando pasé anoche por el área de basura y reciclaje. Esa idea era lo opuesto a aburrido, créanme.

“¡Veinte dólares, llegarán pronto!”, escribí en el trabajo de matemáticas.

La escuela terminó después de cien horas. El recorrido del autobús tomó otras trescientas horas. Todos querían hablar de lo fabulosa que era la señora Ángel, lo que probaba que había logrado hipnotizarlos a todos menos a mí. Finalmente, llegué a casa.

Mamá estaba a punto de irse con Brote de Soja para la biblioteca a la hora del cuento. Me dio un vaso de yogur y una manzana. La manzana me recordó el experimento de ciencia del lunes, lo que me hizo sentir un poco mal. Me la metí en el bolsillo.

Mamá se inclinó para mirarme la nuca.

—¡Oh, por Dios! —dijo. Luego, me miró los brazos—. Voy a tener que hablar con la mamá de Margarita.

—No todos son pellizcos —dije—. Algunas son marcas de cuando me hurgan con el dedo. Las de la nuca son de Lulú. Las del lado izquierdo

son de Fabián-Floirán-Sebastián y las del brazo izquierdo son de...

—Un niño no es una almohadilla para alfileres. ¿No les enseñan eso en la escuela?

—No es grave. Ahora me siento al frente de Juan y de María. Juan es muy bajito para alcanzarme por encima de su pupitre y María es una debilucha y no puede hurgarme —en ese momento, se me ocurrió algo—. Espera. Ahora que lo pienso, María tiene dedos extra duros y puntiagudos. ¿Y qué pasa si Juan usa el pincel? Podría herirme en los pulmones o algo así. Supongo que es mejor que no vaya a la escuela durante un buen tiempo... como hasta el lunes...

—No seas tontita. Solo tendré que escribir una nota... ¿Cómo dijiste que se llamaba la suplente?

—¡No, mamá! ¡No le escribas!

—¿Por qué no?

—Empeorarás las cosas.

—¿Empeoraré qué cosas?

Entonces, tuve que contarle sobre todos los problemas que estaba te-

niendo con la señora Ángel. Y sobre la idea de Margarita de hacer todo lo que hacía Lulú, que no funcionó y por eso tuve que cambiarme de puesto.

Mamá se sentó a mi lado.

—Bueno, no creo que ese haya sido un buen consejo, de todas maneras —dijo—. Nunca es buena idea hacer algo solamente porque alguien más lo hace. Cuéntame por qué crees que estás teniendo tantos problemas.

Le quité la tapa al yogur y la lamí.

—No le caigo bien a la profesora.

—Oh, eso no puede ser cierto —dijo mamá. Eso lo tenía

que decir porque es mi mamá—. Debe de haber otra razón. Si pudieras encontrarla, de pronto podrías solucionar las cosas.

Mamá atrapó a Castaña de Agua mientras pasaba



e intentó ponerle el saco. La observé durante un rato y vi que no lo estaba logrando.

—Está jugando a que es un chico espagueti —le expliqué a mamá.

—Juega a que eres un chico árbol —le dije a mi hermano—. Pon los brazos como una rama.

Mi hermano se dejó engañar con esto y mamá pudo vestirlo.

Le subió el cierre.

—Gracias, Clementina. ¿Ves lo que quiero decir? A veces, tienes que darte cuenta de cuál es el problema antes de encontrarle una solución.

Eso parecía ser algo que valía la pena recordar, así que me lo escribí en el brazo. Mamá alzó a mi hermano y lo cargó hasta la puerta, porque él seguía jugando a que era un árbol.

—Papá está atrás. Está con los albañiles, porque están comenzando a construir la nueva pared de ladrillo en el jardín. ¿Quieres ir a observarlos?

Dejé caer la cuchara. Había estado esperando esto todo el mes, porque

me encantan los ladrillos. Me encanta la manera como se ve la argamasa blanca junto a la arcilla roja. Me encanta la manera como cada ladrillo está puesto justo en el medio del que tiene debajo, y hace que cada hilera termine en un ladrillo completo o en uno cortado a la mitad. Me encanta lo uniforme que es, hasta que se acaba la pared, incluso si esta tiene cien pisos de alto.

Me gustan tanto los ladrillos que, cuando mi familia hizo una casa de galletas de jengibre la Navidad pasada, le hice las paredes con barritas de chicle, como si estas fueran ladrillos, y usé clara de huevo batida como argamasa. Esa cantidad de chicle me costó dos semanas de mesada, pero valió la pena.

Pensé en lo mucho que me agrada-
ría observar a los albañiles. Y luego
pensé en el regalo para mamá.

—No, gracias —dije—. Tengo cosas
que hacer esta tarde.

Antes de llevar a cabo mi idea, fui
a la mesa de noche de papá para ver

cómo le estaba yendo con el libro. No
muy bien, debo decir. Debajo de,

*Un día, el administrador del edificio
vio algo súper interesante!*

Él había escrito,

Y se lo mostró a su hija.

Levanté el bolígrafo y escribí:

*Lo hizo porque a veces el administrador
del edificio necesita que ella lo ayude.*

Después, me dirigí al cuarto de
basura y reciclaje.

A veces, papá y mamá ven un
programa de televisión sobre cosas
viejas. Las personas se reúnen en un
gran salón con sus cosas. El presenta-
dor, que es un experto en esos cosas
viejas, se acerca a cada una de estas
personas y les dice cuánto valen sus
cosas. A veces, el presentador dice:
“Oh, lamento que hayas arreglado
esto, porque ahora no vale nada”. Y

con eso, las personas actúan como si no les importara y dicen: "Todavía me encanta y eso es lo que cuenta". Esto lo dicen porque están avergonzadas de haber cometido el gran error de arreglarlas.

Pero algunas veces, el presentador dice: "¡Santo cielo! Esto es increíble. Este es un trasto extremadamente valioso y ahora, ¡eres millonario!" y las personas aplauden y se llevan las manos a las mejillas y hacen bocas grandes en forma de O, como si estuvieran muy impresionadas para hablar. Y luego, el presentador mira hacia la cámara y dice: "¡Usted también podría tener tesoros en el ático o en el sótano!", y ese es el final del programa.

Cuando sea grande, no veré el programa de cosas viejas, porque es A-B-U-R-R-I-D-O, *aburrido*. Pero me dio una idea extraordinaria.

En medio de los barriles de basura y las cajas de reciclaje, había un montón de bolsas. Y las bolsas

estaban llenas de... ¡cosas viejas! Una corbata tejida con lana amarilla. Cuatro individuales que parecían cuatro alfombras trenzadas pequeñas. Un figurín de porcelana de un gallo con un sombrero de paja. Y otras baratijas.

Ese presentador de televisión tenía razón: ¡yo también tenía tesoros en el sótano!

Encima de las bolsas, había un letrero: COLECTA DE CARIDAD. DONE A UNA BUENA CAUSA LOS ARTÍCULOS QUE NO NECESITE.





Darle un regalo a mamá era definitivamente una buena causa.

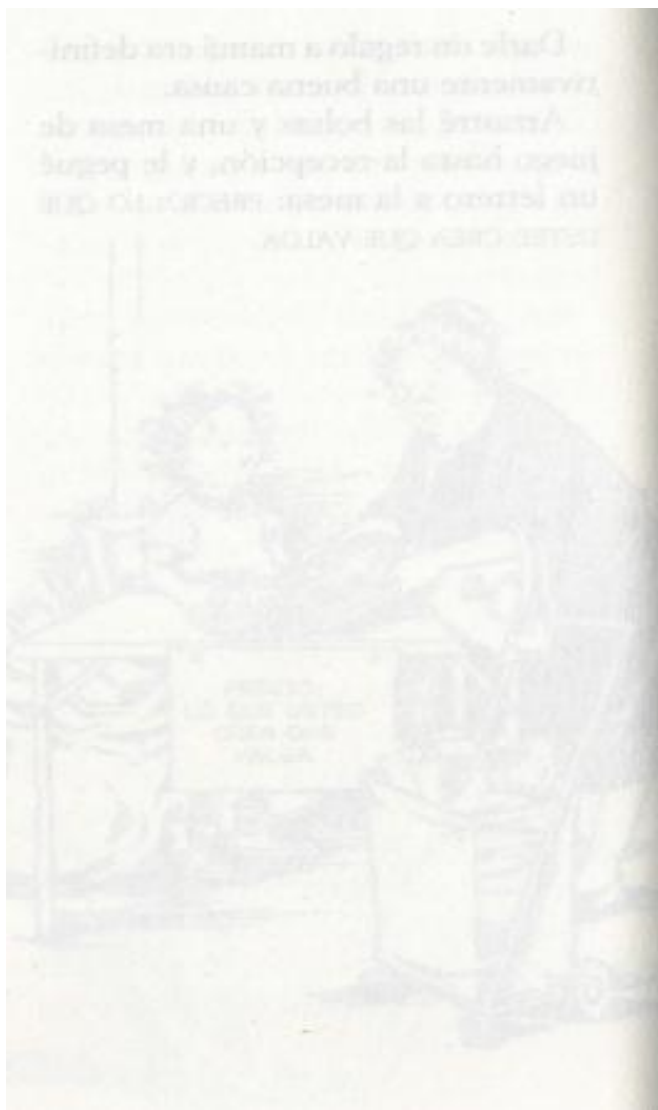
Arrastré las bolsas y una mesa de juego hasta la recepción, y le pegué un letrero a la mesa: **PRECIO: LO QUE USTED CREA QUE VALGA.**

Las señoras hacen sus compras en un ambiente de gran calma y el pago de las mercancías es inmediato.

—¡Precioso! —dijo—. La señora Fernández viene una tarde a comprar el té. Que venga también con los niños de té. Me da un dolor.

—¡Dios! —dijo—. El té de mamá. La señora Fernández llegó después.

—¡Mamá! —dijo—. El té de mamá. La señora Fernández llegó después.



Capítulo 8

La señora Jacobi llegó mientras yo sacaba la primera cosa: el juego de individuales trenzados.

—¡Pero qué individuales tan encantadores! —dijo—. La señora Fernández viene esta tarde a tomar el té. ¡Se verán hermosos con las tazas de té!

Me dio un dólar.

Organicé el resto de cosas. La señora Fernández llegó después.

—Voy a tomar el té con la señora Jacobi esta tarde —me dijo—. Me gustaría llevarle un detalle.

Escogió el gallo de porcelana y también me dio un dólar.

El siguiente, fue el señor del sexto piso. Compró la corbata tejida. Cincuenta centavos.

Todos mis vecinos vinieron y todos compraron algo.

Andrés fue la última persona en venir. Escogió una pipa.

—¡Este es mi día de suerte! —dijo. Su cara era exacta a la que ponía el presentador del programa de las cosas viejas al descubrir un tesoro—. ¡La semana pasada perdí una pipa igual a esta! ¡Era mi favorita!

Y me dio dos dólares y se guardó la pipa en el bolsillo. Todavía tenía la cara de “¡Santo cielo!”.

Conté el dinero... ¡veintidós dólares! Guardé la mesa de juego y subí en el ascensor hasta el quinto piso para devolverles a Margarita y a Miguel el dinero que me habían prestado el martes.

Miguel tomó el dinero y me dio las gracias.

Margarita miró por ambos lados el billete de un dólar que le entregué.

—¿A dónde lo has llevado? —me preguntó.

—A ningún lado. Ha estado en mi bolsillo. ¿Ves? Todavía está limpio y nuevo.

Margarita gruñó. Lo tomó con dos dedos y fue a lavarlo.

Como ya era muy tarde para ir a la tienda de materiales para pintar, fui a ver trabajar a los albañiles. Margarita tenía razón: ¡tuve suerte esta semana! Ellos ya estaban terminando el trabajo del día, ¡y me regalaron los ladrillos rotos y la argamasa que había sobrado!

Se me ocurrió, entonces, una idea excelente. Saqué la manzana que tenía en el bolsillo, me la comí hasta que llegué a la parte de las semillas y luego escogí algunas. Abrí un pequeño hueco en la tierra al lado de la pared de ladrillo y las sembré. Después, construí una pequeña pared de ladrillo alrededor del lugar, para proteger

al manzano cuando este creciera. Y, aunque los ladrillos estuvieran rotos, todo se veía hermoso.

Sonreí, porque si el árbol llegaba a crecer, tendría todas las manzanas que quisiera. E invitaría a todos mis conocidos y les diría: "Sigán, utilicen algunas manzanas para hacer un experimento de ciencia, si quieren. O denle algunas a su hámster si está hambriento. Hagan lo que quieran con ellas. Siempre habrá manzanas".



Después entré corriendo al edificio para llamar a papá y a mamá y mostrarles mi pared.

Cuando entré a mi apartamento, papá estaba al teléfono.

—No, claramente yo no le di esas cosas. Me acabo de enterar del asunto.

Se veía bastante enojado. Pero mi pared de ladrillo lo animaría. Tan pronto colgó, le pregunté si quería venir conmigo a ver lo que había hecho.

—No, no quiero —dijo—. Ya sé lo que has hecho. ¡Un desastre! ¡He estado oyendo al respecto durante la última media hora!

—¿Qué quieres decir?

—Estaba al teléfono con la señora Fernández; cuando llegó a la casa de la señora Jacobi a tomar el té, vio los individuales que



les había dado a los Suárez en su aniversario. Aparentemente, ellos los habían botado. Ahora, la señora Fernández no les habla.

—Oh —dije.

—Y eso no es todo —continuó papá—. La señora Jacobi llamó hace unos minutos. La señora Fernández le llevó de regalo un pequeño gallo de porcelana. La señora Jacobi lo reconoció porque era el mismo gallo que le había dado al señor del sexto piso en su cumpleaños. Entonces, está molesta con él. Cuando él fue a su apartamento para disculparse, los Suárez estaban ahí, dándole explicaciones sobre los individuales. El señor del sexto piso tenía puesta una corbata amarilla, que la madre de la señora Suárez le había tejido a su marido, la señora Suárez no le habla al señor Suárez y el señor Suárez no le habla al señor del sexto piso. Clementina, temo preguntarte, ¿pero cuántas personas te compraron cosas?

—Todos —le dije.

Papá se dio un golpe en la frente.

—Entonces esto podría ser solo el comienzo. Y me están culpando por todo.

—No te preocupes, Lucas —dijo mamá—. Cuando todos se hayan calmado, se darán cuenta de que no es tu culpa. Y de que tampoco es culpa de Clementina —se detuvo a pensar por un momento—. Bueno, no es *completamente* su culpa. Después de todo, ¿cómo podía saberlo?

Papá no dijo nada.

—¿Qué opinan si mañana, después de la escuela, me disculpo con todos? —les pregunté.

—Supongo que ese es un comienzo, campeona —dijo papá—. Y tendrás que decirles que volverás a comprarles de vuelta todo lo que les vendiste.

Eso N-O, no era justo. Pero como papá todavía se veía bastante enojado, no se lo pude decir.

Más tarde esa noche, mientras intentaba no pensar en lo enojado que se

veía papá, él entró a mi habitación. Se sentó en mi cama con el cuaderno.

—Por eso lo hice —dije, señalando el cuaderno—. Quería comprarle un regalo a mamá para que no se sintiera mal porque había tenido un detalle contigo.

Papá me miró por un rato. Luego, me dijo:

—En eso estás equivocada, campeona. Mamá jamás se sentiría mal porque hayas tenido un detalle conmigo.

—Margarita dice que es una regla: si tienes un detalle con alguien, también debes tenerlo con la otra persona.

—Puede que esa sea la regla de Margarita. Pero no es nuestra regla. Yo me alegro cuando haces algo por mamá y ella se alegra cuando haces algo por mí. Cuando quieres a alguien quieres que esa persona sea feliz, ¿no es cierto?

Pensé en eso durante un momento y luego asentí con la cabeza.



Papá me pasó el cuaderno.

“A veces la hija del administrador del edificio era muy impulsiva”, leí. “A veces hacía las cosas sin pensar más allá. Sin pensar en las consecuencias. Eso la metía en muchos problemas. A veces, hasta metía a su padre en problemas”.

Tomé mi bolígrafo y escribí en el cuaderno,

Ella sentía mucho lo que había pasado.

Le iba a pasar el cuaderno a papá para que leyera, pero lo retuve y añadí:

Lo sentía muchísimo.

Y pensé en otra cosa:

¡Entonces él la perdonó!

Papá tomó el bolígrafo.

El administrador del edificio sabía que su hija lo sentía y como la amaba tanto, siempre la perdonaba. Pero se preocupaba por ella. Le preocupaba que se pudiera sentir mal por meterse en problemas al ser tan impulsiva. Esperaba que pensara las cosas un poco más. Que pensara lo que podría pasar antes de hacer las cosas.

Miré ese párrafo durante algún tiempo. Luego, escribí:

La hija del administrador del edificio estaba tan contenta de que su papá la hubiera perdonado, que prometió pensar un poco más las cosas de ahora en adelante.

Papá tomó el bolígrafo de nuevo.

Eso lo hizo sentirse realmente orgulloso de ella.

Me acerqué y lo abracé.

—Creo que es un libro realmente bueno —le susurré.

—Yo también lo creo —me susurró él—. Creo que puede llegar a estar entre los más vendidos.





Capítulo 9

El jueves, camino a la escuela, Margarita me preguntó cómo me estaba yendo con la suplente.

—No muy bien —le dije.

Luego, antes de que pudiera darme más ideas malas, como copiar a Lulú, le conté que papá se había enojado conmigo durante un rato. En lugar de decirme todo lo que yo había hecho, mal, Margarita me sorprendió. ¡Comenzó a llorar!

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

Y luego, me sorprendió aun más: se secó las lágrimas en mi chaqueta aunque probablemente estaba repleta de gérmenes.

—Mi papá no puede venir este mes. La actriz que hace el comercial del resfriado se partió un pie y ya no puede correr por el jardín diciendo lo fabuloso que es poder respirar sin tener la nariz tapada. Tienen que encontrar otra actriz y comenzar de nuevo.

—Lo siento mucho —dije. Y lo sentía. Margarita y Miguel esperaban la visita de su papá durante todo el mes. No hablaban de otra cosa.

—Eres tan afortunada —dijo, sollozando—. ¡Y ni siquiera te das cuenta!

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué soy afortunada?

—Porque ves a tu papá todos los días.

—Pero tú también eres afortunada —dije—. Cuando tu papá viene se queda una semana completa. Haces todo

con él. Él no trabaja cuando viene a verte, y es como unas vacaciones. Mi papá siempre está trabajando.

—Supongo que sí —dijo Margarita.

—Y puedes quedarte con él en el hotel y pedir que te traigan comida a la habitación y quitarle las envolturas a los vasos del baño. Y el inodoro tiene una cinta por encima que dice: “Desinfectado para su protección”. ¡A ti te encanta eso!

Margarita asintió y se alegró un poco.

—Y a veces puedes ir a Hollywood, California, ¡y ver cómo se hace un comercial! Creo que eso es tener suerte. Y un día, ¡tu papá podría dejarte aparecer en un comercial!

Nos quedamos ahí sentadas por un minuto, pensando en cuál de las dos era la verdaderamente afortunada.

—Creo que las dos lo somos —dijo Margarita al fin—. Solo que de diferente manera.

Excepto que yo no fui tan afortunada al llegar a la escuela.

Durante la clase de matemáticas, la señora Ángel escribió un problema difícil en el tablero y luego preguntó si alguno sabía la solución. Yo levanté la mano y le di la respuesta.

Si mi verdadero profesor hubiera estado ahí, se habría tocado la nariz con el dedo índice y luego me habría señalado, sonriendo. Esto significa: "¡Lo tenías frente a las narices! ¡Bien hecho!".

En cambio, la señora Ángel dijo:

—Eso es correcto, Clementina. Pero yo no pedí la respuesta, solo pregunté si alguien la sabía.

Lo que prácticamente fue equivalente a decir: "Nunca serás una estudiante exitosa".

Luego, borró el tablero, y apuesto a que lo borró tan fuerte que casi le quita el color verde.

En clase de escritura, nos hizo leer en voz alta lo que habíamos escrito en el diario.

—Nuestro profesor no nos hace leer en voz alta lo que escribimos —le dije.

—Pero el señor Morcillo no está aquí —me recordó. Y yo no lo había olvidado—. Así que hoy lo leeremos en voz alta.

Entonces, tuve que leer lo que había escrito en mi diario, que era sobre por qué me gustaban tanto los ladrillos, y dejó de ser un secreto.

La señora Ángel fue mala conmigo otras tres veces. Lo único bueno fue que al fin pude comprender por qué estaba teniendo tantos problemas. Levanté la mano y le dije que necesitaba ver a la directora.

Ella dijo:

—Anda a verla.

Con esto probablemente quiso decir: "Por fin podré trabajar un poco con los estudiantes exitosos". Lo que hizo que me enfureciera aun más. Caminé por los corredores pisando tan fuerte que probablemente rompí el sótano de la escuela. Y no me importó.



La señora Gamba me vio la cara cuando entré y dijo:

—¿Quieres decirme qué te está molestando hoy?

—Todavía no —dije—. ¿Le gustan los tatuajes?

—No, no mucho. ¿A ti?

—Sí —dije. Respiré profundamente—. Bueno, ahora sí quiero decírselo. No entiendo las reglas de la señora Ángel. Son diferentes de las de mi profesor y solo las dice cuando ya es demasiado tarde y estoy en problemas. Eso no es justo. Así que quería saber si usted podría pedirle a mi

profesor que vuelva antes de tiempo. Por ejemplo hoy. ¿Podría llamarlo y decirle que no se prepare más para Egipto durante lo que queda de la semana? De todos modos, él no quiere ir allá.

—Lo siento, Clementina, pero no voy a hacer eso. De hecho, acabo de hablar con él y me dijo que la estaba pasando de maravilla.

Crucé los brazos sobre el pecho y sentí que me ponía más y más furiosa.

—Clementina, ¿crees que la señora Ángel podría estar sintiendo lo mis-



mo que tú? ¿Que no puede adivinar las reglas? Es difícil ser suplente y tener que aprender las reglas de una escuela. Tal vez debas ayudarla y explicarle cómo se hacen las cosas en tu salón.

—No —gruñí—. No creo.

La señora Gamba se quedó mirándome quieta y sentada, hasta que finalmente hipnotizó mi boca para que dijera:

—Bueno, está bien. Tal vez alguien deba hacerlo.

La miré fijamente mientras decía “alguien”, pero ella solo me devolvió la mirada.

Negué con la cabeza.

—Tal vez alguien de sexto. Yo no.

La señora Gamba se recostó en el espaldar de su silla.

—Bueno, eso es una pena. Creo que harías un muy buen trabajo.

Se puso de pie.

—Regresemos a tu salón. El señor Morcillo me pidió que les dijera lo mucho que le habían gustado las tarjetas que le escribieron. También me

dijo que les contara lo que ha estado haciendo esta semana —me entregó un diccionario—. Si buscas la palabra “momificación”, puedes ayudarme a explicar lo que él ha estado aprendiendo.

Busqué la palabra y regresamos al salón.

La señora Gamba les dijo a todos lo mucho que el señor Morcillo había agradecido nuestras tarjetas. Dijo que había pasado una semana maravillosa y que hoy había aprendido un poco más sobre la momificación.

—Y ahora, Clementina les va a explicar lo que significa esa palabra.

—Primero, le sacan las entrañas al señor con una cuchara grande —dije—. Luego, le sacan el cerebro por la nariz. Si la momia estornuda mientras hacen eso, habrá pedazos de cerebro por todas partes. Tendrían que rasparlos del techo con una pala...

A mi lado, la señora Gamba se aclaró la garganta.

—Bueno, no. Supongo que esto no sucede con frecuencia. Pero sí es

algo asqueroso. Y además —dije—, ¡las momias están desnudas debajo de las vendas!

La señora Gamba suspiró un suspiro muy fuerte.

—Clementina, gracias por esa explicación tan clara de lo que es la momificación.

Cuando regresé a casa de la escuela, me guardé los veinte dólares en el bolsillo y me dirigí al último piso.

—Hola-señora-Jacobi-lamento-haber-vendido-lo-que-usted-dejó-para-la-caridad-aquí-está-su-dinero-¿quiere-que-se-lo-devuelva?

La señora Jacobi me miró como si yo estuviera loca.

—Me encantan los individuales —dijo—. No quiero que me devuelvas el dinero.

En el siguiente piso, pasó lo mismo. Y en el siguiente. Y en el siguiente. Todos me miraron como si estuviera loca. Todos estaban contentos con lo

que habían comprado. Nadie quería que le devolviera el dinero. Por último, fui al apartamento de Margarita y Miguel, porque Andrés no llega sino hasta las cuatro de la tarde.

Miguel abrió la puerta.

—¡Hola, Clementina! —dijo. Tenía una sonrisa inmensa en la cara.

—¿Está Andrés? —pregunté.

—¡Nop! —gritó. Su sonrisa se agrandó aun más.

—¿Por qué no?

La cara de Miguel casi se parte por la mitad.

—¿Te acuerdas de la pipa que le vendiste? ¡La que dijo que se parecía a la que se le había perdido?

Pues era la de él. No se le había perdido, ¡imamá se la había botado! Así que está enojado con ella y no va a venir. ¡Gracias, Clementina!

Normalmente, me siento bien cuando alguien



me da las gracias, pero, esta vez no me sentí bien. De todos modos dije: "De nada".

Después caí en la cuenta de algo: ¡Todavía tenía el dinero para el regalo de mamá!



—Debemos regresar a la tienda de materiales para pintar de inmediato —le dije a Miguel.

—Bueno —dijo él.

Esto es algo que me gusta de Miguel: jamás pregunta por qué, solo hace las cosas.

Si le hubiera pedido eso a Margarita, ella me habría hecho cientos de preguntas y luego me habría dado cientos de razones por las que pensaba que mi idea era estúpida y luego me habría dicho que ella tenía una mejor.

Miguel no era así. Él solo decía: "Bueno". Si alguna vez tengo novio, que jamás tendré, podría ser él.

—Llevemos a tu hermano —dijo Miguel. Esto también me gusta de Miguel: le agrada mi hermano. Y a mi hermano le agrada él.

Así que bajamos a mi apartamento y amarramos a Cebolleta al cochecito. Miguel se inclinó hacia delante.

—¡Carrera de cochecitos? —le preguntó Miguel a mi hermano.

Mi hermano dio un alarido, que es su manera de decir "sí" cuando está muy emocionado para poder hablar.



Da muchos alaridos cuando está con Miguel.

Miguel salió corriendo con mi hermano, pero no aplastó a nadie por el camino. Cebolla siguió dando alaridos todo el tiempo porque le encantan las carreras de cochecitos y porque le gusta oír cómo le tiembla la voz cada vez el coche se da un topetazo. Yo tuve que correr para alcanzarlos y llegamos a la tienda en pocos minutos.

Una vez allí, arrojé el dinero sobre el mostrador. Me había quedado sin aire.

—Volviste —dijo el empleado. Después, me preguntó cómo estaba mi tía abuela Rosa.

—No lo sé —le dije—. No la he visto esta semana. Pero supongo que está normal.

Después, le pregunté cómo estaba su tía abuela.

—No lo sé —dijo—. Tampoco la he visto esta semana. Pero también supongo que está normal.

Después, terminamos con las cortesías y él empacó el regalo de mamá. Yo amarré el paquete a la parte de atrás del cochecito de mi hermano y nos dirigimos a casa.

—Esta vez no habrá carrera —le advertí a Miguel.

Miguel y mi hermano me miraron como si les hubiera partido el corazón. Pero yo me mantuve firme en mi posición.

—Lo siento —dije—. No con algo tan valioso en el cochecito.

Esto es “ser responsable”.



Capítulo 10

Mamá había dejado una nota:

*Fui a entregar las ginturas.
Pagé está afuera con las albañiles.*

Como Rábano estaba agotado de tanto gritar, lo llevé afuera en el cochecito y lo senté en la banca al lado de papá.

—¿Qué hay en la bolsa? —preguntó papá, tomando a mi hermano en brazos.

Saqué la caja de madera.

—Es para mamá. Es para sus cosas de pintar. Le va a encantar, ¿no crees?

Papá tomó la caja.

—Guau —dijo—. Con seguridad le va a encantar. Pero ya hablamos de esto. Sabes que no tienes que...

—Lo sé —dije—. No pude dejar de pensar en lo feliz que la haría. Quería ver su cara de "¡Guau, debo estar soñando!".

Papá sonrió.

—A mí también me gusta cuando hace esa cara. Bueno, creo que eso mejora las cosas. Lo que hiciste. Es una buena razón... querer hacer feliz a alguien.

—¿La gente del edificio continúa enojada? —pregunté.

Él asintió.

—Digamos que hoy el aire en el ascensor estaba un poco frío.

—No querían que nadie supiera lo que habían regalado para la colecta de caridad —dije.

Papá asintió de nuevo.

—Por eso lo habían puesto en bolsas.

—Pero yo no lo sabía.

—Lo sé.

—Me gusta conocer las reglas antes —dije.

—Entiendo —dijo papá.

Y luego, nos quedamos callados por un momento, observando a los albañiles terminar la pared. Esto me dio una buena idea y se la conté a papá.

—No veo por qué no —dijo él—. Hay ladrillos de sobra y suficiente dinero en el presupuesto para mejoras en el edificio.

Entonces, les preguntamos a los albañiles si podían construir una pequeña pared de ladrillo alrededor del área de la colecta de caridad y dijeron que sí.

Cuando terminaron, papá y yo le hicimos una tapa de madera con una puertita para que la gente pueda meter sus regalos adentro. Yo hice un letrero que decía:

¡PRIVADO!

¡Prohibido sacar las cosas y venderlas!



Luego, escribí "Lo siento" por todo el letrero y puse adentro los dos dólares que me habían sobrado de todo lo que había vendido.

—Eso resolverá el problema —dijo papá—. Eso hará que todos los del edificio se sientan bien.

Casi todos.

Le pregunté a papá si podíamos cenar en la azotea del edificio, y jugar "Vida" e invitar a Margarita y a

Miguel. Le expliqué que su papá no podría venir este fin de semana y que Margarita había llorado.

—¿Y podrías ser el padre suplente de ella?

—¿Suplente? No lo sé. Margarita parece ser un poco... particular frente a las cosas. No sé si yo podría entender sus reglas.

—Bueno... creo que no deberías preocuparte por las reglas de Margarita. Tan solo sé el papá que eres siempre.

—Bueno —dijo papá—. Lo haré.

Llevamos a mi hermano adentro, y llamé por teléfono a Margarita y le pregunté si ella y Miguel podían comer pizza con nosotros en la azotea.

—¡Gracias al cielo! —dijo ella—. Mamá está cocinando una cena de "lo siento" para Andrés. Pastel de carne con cebollas extra. Y probablemente iba a besarla!

En ese momento, mamá llegó y se veía un poco triste. Tomó los dibujos y dijo:

—No le gustaron. Dijo que no eran suficientemente modernos. Que les faltaba color.

Yo le dije que estaban perfectos y que no les faltaba color.

—¡Pero tengo algo que te hará sentir mejor!

Hice que se sentara.

—¡Cierra los ojos! —le dije, y luego fui por su regalo y se lo puse sobre las piernas.

Cuando abrió los ojos, se emocionó tanto no que podía terminar las frases, lo que usualmente es una mala señal, pero en este caso no lo era.



—¡Mira todas las... para mis pinceles... y tiene una... ahora él no podrá...! —y todo el tiempo hizo la cara de “¡Guau, debo estar soñando!”, que tanto me gusta y que algún día voy a dibujar.

En ese momento mi hermano se despertó y todos esperamos hasta que saludara a sus pies y nos los mostrara como si nunca antes los hubiéramos visto. Luego, mamá lo alzó, lo sentó en sus piernas y le dio un par de latas de galletas desocupadas.

—También es tu día de suerte —le dijo—. ¡También te dan regalos!

Mi hermano sonrió y comenzó a golpear las latas de galletas. Mamá me miró.

—Oh, espera. Clementina, ¿quieres unas también?

Y en ese instante, sin pensarlo siquiera, dije:

—No, dáselas todas a él. ¡No hay problema!

¡Y esa era la verdad! Papá me guiñó el ojo y eso hizo que la cara se le vie-

ra tan bonita que algún día también haré un dibujo de ella.

Luego, ordenamos dos pizzas, recogimos a Margarita y a Miguel en el quinto piso y subimos todos a la azotea. No jugamos "Vida", porque teníamos muchas otras cosas que hacer ahí.

El sol se estaba poniendo, y yo hice una lista de todos los colores que podía ver sobre las nubes de Boston. Conté treinta y tres.

Luego, Miguel señaló hacia la dirección en la que quedaba el Fenway

Park, el estadio de los Medias Rojas. Nos contó de todas las bolas que se habían precipitado fuera del estadio durante la última temporada y también quién las había bateado, la distancia que habían recorrido y quién había ganado.



Luego, desviamos la luz de la lámpara hacia Margarita y ella actuó cada uno de los comerciales de su papá. Papá aplaudía como loco y decía: "¡Voy a comprar *ese* producto!" después de cada comercial. Esto hizo que Margarita sonriera tanto, que los frenillos de los dientes brillaban bajo la luz de la lámpara.

Hasta Espinaca hizo algo: gritaba cada vez que Miguel le guiñaba el ojo.

Mientras empacábamos las cosas para regresar, Miguel me preguntó por mi profesor.

—Entonces, ¿se fue a acampar?

—Ya no va a ir. No va a romper su promesa. De todas maneras, no quería ir.

—Bueno, es bueno saber que cambió de opinión.

—No cambió de opinión, exactamente —le expliqué lo de la carta a los jurados.

Miguel se detuvo y me miró fijamente.

—¿Escribiste esas cosas terribles que te conté sobre Fríjoles Martínez? ¿Y qué pasa si tu profesor las lee?

—No lo haré. Es una carta para el jurado.

—¿Estás segura?

—Claro que sí —pero de repente...

Bueno, no estaba tan segura.

De vuelta en nuestro apartamento, papá y mamá fueron a la habitación de mi hermano para acostarlo y arrojarlo y yo fui a la habitación de ellos y abrí el cuaderno de papá. Encontré la página en la que él había escrito sobre lo orgulloso que se sentía el administrador del edificio porque su hija había prometido pensar antes de hacer algo, y escribí:

Pero ella podría no ser muy buena para esto.



Capítulo 11

El viernes por la mañana, me levanté contenta: hoy era el último día que tendría que aguantar a la señora Ángel. También estaba un poco preocupada, como si algo malo fuera a suceder, pero no sabía qué era.

Me enteré en la escuela.

—Partiremos para el capitolio después de almuerzo —anunció la señora Ángel—. La invitación dice que la ceremonia comienza a la una en punto, con la lectura de las cartas.

—¿Qué quiere decir con la lectura de las cartas? —pregunté—. ¿En voz alta?

—No lo sé —contestó ella—. Lectura de cartas; anuncio del ganador; discurso. Eso es todo lo que dice.

Sentí que me iba a dar un ataque, pues el corazón me daba golpes. Me quedé sentada allí toda la mañana, como congelada en la silla. Estuve tan callada, que no escuche ni un solo “Clementina, ¡debes prestar atención!”. Eso era un nuevo récord para mí. Supongo que eso es lo bueno de los ataques.

Y luego, llegó la hora de partir. Mientras todos alistaban las mochilas y las chaquetas, yo me quedé de pie en un rincón.

—¿Estás bien, Clementina? —preguntó la señora Ángel.

—Me está dando un ataque —le dije—. Creo que debería irme a casa.

Ella me miró con los ojos entrecerrados durante un minuto.



—Dudo que eso sea lo que te está sucediendo. Probablemente estás emocionada porque vas a ir al capitolio.

Así que tuve que caminar hacia la salida con la señora Ángel y cuando me senté en el autobús, ella se sentó a mi lado.

—Me alegra que tengamos la oportunidad de hablar —dijo ella, cuando el autobús comenzó a andar—. Me

temo que tú y yo no tuvimos una semana muy exitosa.

Decidí que, como iba a morirme pronto, podía decirle la verdad de una vez.

—No pude entender ninguna de sus reglas —le dije.

—¿Qué quieres decir?

Respiré profundamente.

—Sus reglas son diferentes de las de mi profesor. Me tomó mucho tiempo aprenderlas, pero lo hice. El lunes, cuando vi las tajadas de manzana, recordé nuestra regla de “Alimentar a los hámsteres primero”, pero no adiviné su regla de “No tocarlas porque es un experimento de ciencia”. Ayer, cuando escribió el problema de matemáticas en el tablero, recordé nuestra regla de “No copiar el problema con marcador mágico”, pero no adiviné su regla de “No dar la respuesta en voz alta”. Cuando nos entregó la hoja de papel el primer día, recordé nuestra regla de “Escribir su nombre arriba, al lado derecho de la página”, pero

no adiviné su regla de “No dibujar nada en ella”.

Respiré profundamente, otra vez.

—Me gustaría conocer las reglas de las cosas al principio. Antes de que pueda cometer un error.

—Oh —dijo la señora Ángel y luego se quedó callada durante un minuto.

Después dijo:

—Eso tiene sentido. Me habría gustado que tú y yo hubiéramos hablado el lunes.

—A mí también —dije—. Pero el lunes no sabía cuál era el problema.

Luego le mostré mi brazo lleno de letreros.

La señora Ángel lo miró por un momento, luego sacó un bolígrafo y se escribió lo mismo en el brazo! ¡No estoy bromeando! A
VECES, TIENES



QUE DARTE CUENTA DE CUÁL ES EL PROBLEMA ANTES DE ENCONTRARLE UNA SOLUCIÓN.

—Gracias por el buen consejo —dijo.

Yo la miré fijamente durante un minuto. Luego, recordé mis buenos modales.

—De nada.

—Y otra cosa —dijo—: si tu profesor se gana el viaje, estaré aquí el resto del año. Entonces, ¿crees que el lunes podrías indicarme las reglas que tienen para el salón de clase? Porque yo no las conozco.

Yo dije que sí, aunque sabía que mi profesor no se iba a ganar el viaje. Pensar en eso hizo que el ataque me doliera aun más. Cuando llegamos al capitolio, estaba a punto de morir.

Los otros dos cursos ya estaban en el vestíbulo. Uno, era un grupo de estudiantes de bachillerato que estaban empujándose los unos a los otros. El otro grupo era un curso de niños de preescolar. También se estaban empujando y muchos se habían caído al suelo. Antes de que nuestro curso pudiera comenzar a hacer lo mismo,



nos dijeron que podíamos entrar al auditorio.

Los de bachillerato llegaron en fila y se sentaron al lado derecho de la sala. Después, entraron los de preescolar y se sentaron al lado izquierdo. Pero entonces hubo un problema.

Los de preescolar eran tan pequeños que cada vez que se recostaban en el espaldar las sillas se cerraban y los mordían como cocodrilos locos en un charco de ranas. Por un momento las cosas se salieron de control, con diecinueve niños que se caían entre las sillas y gritaban como si alguien se los estuviera devorando. Y probablemente eso era lo que sentían.

—Caramba —oí que le susurraba la señora Gamba a la señora Ángel—. ¡Ojalá que nuestros niños sean lo suficientemente pesados! De otro modo, la Asociación de Padres y Maestros va a llevarse un susto!

Finalmente, alguien trajo diecinueve libros de derecho para hacer más peso sobre las sillas de los de preesco-

lar. Luego, nuestro curso entró y nos sentamos justo en el medio.

Frente a nosotros, en una mesa muy larga con un letrero que decía COMITÉ DE JUECES, había cuatro personas. Una de ellas tenía una placa y una cara seria, lo que quería decir que era el jefe.

Detrás de ellos estaban sentados los tres profesores que competían por el premio. Yo desvié los ojos para no tener que mirar al señor Morcillo.

El juez jefe se puso de pie.

—Vamos a oír la carta de un alumno sobre cada profesor —dijo—. Luego, anunciaremos nuestra decisión.

La maestra de preescolar fue la primera. Le hizo señas a una niña a la que le faltaban todos los dientes del frente. La niña parecía estar



aliviada de que la alejaran de la silla mordedora, probablemente porque ella no podía hacerle lo mismo a la silla. Como los de preescolar son muy pequeños para escribir cartas, ella solo les dijo a los jueces por qué creía que su maestra debía ganar.

—Mi profesora es la mejor —comenzó a decir. Después de eso, no entendí nada de lo que dijo; y creo que los jueces tampoco, aunque siguieron sonriendo y asintiendo.

Luego fue el turno de los de bachillerato. Un chico con púas moradas en el pelo se puso de pie y fingió un bostezo para demostrar que no estaba nervioso por leer su carta.

Tampoco entendí mucho de lo que dijo, aunque él sí tenía todos los dientes. Dijo algo sobre los exámenes finales y algo sobre la atmósfera académica y algunas palabras más complicadas que esas. Estaba segura de que se las estaba inventando.

Sin embargo, los jueces también sonrieron y asintieron durante toda la lectura de su carta.

Luego el señor Morcillo se puso de pie. Los jueces le entregaron un sobre grande, del cual sacó una hoja de papel.

—Clementina, ¿podrías subir acá y leer tu carta por favor?

Desde mi asiento, moví la cabeza para decir “no” y lo miré fijamente con los ojos entrecerrados.

Él asintió con la cabeza para decir “sí” y me miró con más insistencia.

Yo lo miré de nuevo fijamente.

Claro que no usé la mirada punzante, aunque no habría importado. Porque él me miró con su mejor truco: la mirada láser!

La mirada láser es la mirada más poderosa de todas. Me hipnotizó para que me pusiera de pie y caminara hasta el podio. El señor Mor-



cillo me entregó la carta y yo se la recibí. Y comencé a leerla.

—Tengo que contarles algunas cosas sobre mi profesor. Si se van a acampar con él, y tienen que preparar fríjoles...

Y luego miré disimuladamente... a mi profesor.

Porque quería verlo por última vez, antes de que me odiara para siempre.

Y cuando vi que la cara le estaba brillando con una sonrisa feliz que decía: "Me iré a Egipto y Clementina me está ayudando".

El papel se me cayó de las manos. El jefe de los jueces lo recogió y me lo pasó de nuevo.

Yo lo aparté y negué con la cabeza.

—Está bien —le dije—. No lo necesito. Sé lo que quiero contarles sobre mi profesor.

Y comencé otra vez.

Pero no con lo que había escrito el lunes.

—Si van a acampar con él y tienen que preparar fríjoles, no se preocu-

pen. Porque, incluso si jamás los han preparado, no tendrán problemas. Mi profesor nunca diría: "¿Cómo así que no sabes preparar fríjoles? ¡Te enseñé a hacerlo la semana pasada!". No. Él diría: "Mira, veo que vas a preparar fríjoles. Sé que lo harás bien porque tú eres buena para muchas cosas. Probablemente empezarás por abrir la lata, luego tomarás un tazón limpio". Y sin que se hayan dado cuenta, les enseñará a preparar fríjoles. Y aquí va la parte misteriosa: de alguna manera, ¡pensarán que aprendieron solos! Además, pensarán que preparar fríjoles es la cosa más interesante del mundo, porque mi profesor hace que todo sea interesante. ¡Hasta las cosas que otros piensan que son raras!

"Y todas las mañanas, cuando vayan a la escuela... quiero decir, cuando vayan a acampar con él... se morirán de ganas de saber qué planeó para ese día. Y cuando sea hora de regresar a casa, se sentirán un poquito tristes, porque se divirtieron muchísimo. Pero no tienen por qué preocuparse,

porque él tiene muchísimos proyectos excelentes y estará ahí al día siguiente. Y...

Sentí una mano sobre el hombro y miré hacia arriba. La señora Gamba asintió con la cabeza y dijo:

–Gracias, Clementina –como si yo hubiera terminado.

–Pero hay más –dije–. Quiero contarles más cosas.

–Lo sé –dijo ella–. Pero por ahora es suficiente.



Luego me acompañó a mi asiento, lo que estuvo bien, porque el ataque se me había subido a los ojos y los había puesto un poco borrosos.

Después los jueces se pusieron de pie y se acercaron a... mi profesor. Sonrieron y le estrecharon la mano. Después, se dirigieron hacia los otros profesores y también les sonrieron y les estrecharon la mano. Después, los cuatro jueces regresaron a su mesa y el jefe tocó el micrófono.

–El ganador del programa “Aventuras para maestros” de este año es...

Y en ese momento sabía que iban a decir el nombre de mi profesor por todo lo que yo había dicho sobre él. Lo que me hizo sentir muy, muy, muy triste y muy, muy, muy feliz a la vez. Esto debió confundir a mis oídos, porque lo que oí fue:

–... ¡La señorita Gladis Herrera!

La profesora de preescolar debió haber oído lo mismo porque caminó hacia el podio con una enorme sonrisa de “¡No puedo creer que sea yo!”, en la cara. Los de preescolar comen-

zaron a saltar y a aplaudir como locos. Esto no fue una buena idea porque los libros de derecho se cayeron al suelo y las sillas comenzaron a morderlos de nuevo.

—Muchas gracias no lo habría logrado sin mis maravillosos alumnos —dijo con afán la señorita Herrera frente al micrófono—. ¡Y creo que ahora debo regresar a rescatarlos!

Y ese fue el final del programa.

Mi profesor fue al lugar donde estaba nuestro curso y se inclinó frente a mí.

—Muchas gracias por esa increíble carta de recomendación, Clementina.

—Pero no ganó —dijo—. Lo siento mucho.

Y de repente, ¡lo sentí mucho! Bueno, un poquito.

—No lo sientas —dijo—. Yo no lo siento.

—¿No?

—No —repitió él—. Realmente quería ganar, pero cuando leíste tu carta, pensé... que había extrañado mucho



a mis alumnos esta semana. Todo lo que dijiste en tu carta me recordó lo mucho que me gusta enseñarles. Hemos comenzado muchos proyectos y no quiero irme dejándolos a medio terminar. Mi plan era estar con ustedes este año, y no quiero incumplirles. Tenías razón en eso. Así que, si hubiera ganado, les habría dicho que lo sentía, pero que no podía aceptar el premio.

Miró a la profesora de preescolar.

—Me alegra que se lo hayan dado a ella. ¡Me imagino que una excavación arqueológica le parecerá unas vacaciones!

Me toqué la nariz con el dedo índice y lo señalé: “¡Lo tenías frente a las narices! ¡Bien hecho!”.

Y él me sonrió.

—Estoy muy orgulloso de ti, Clementina —me dijo.

De repente, quería que él supiera la verdad.

—No debería estar orgulloso de mí —dije—. No sabe lo que realmente decía mi carta.

—Sí, lo sé —dijo—. Las leí todas esta mañana.

—Oh, no. No pudo haber leído la mía —le dije.

El señor Morcillo me miró y levantó las cejas.

—“El olor de sus medias le haría caer las vendas a una momia. Si pasara frente a la Esfinge, esta se desplomaría”.

—Entonces... ¿por qué...? ¿cómo supo que yo...?

—¿Recuerdas la historia de la mamá pájaro?

No hice cara de “¡Otra vez con lo mismo!”, porque en ese momento quería escuchar la historia. Pero el señor Morcillo no me la contó. A cambio, me apretó la mano y dijo:

—Sabía que podías volar, Clementina. Y sabía que volarías.

Mientras estaba sentada ahí, apretándole la mano a mi profesor, el ataque se desvaneció. ¡Y no creerán lo que sucedió después! Sentí una picazón por toda la piel.

¿Y saben qué era?

¡Plumas!
Bueno, en realidad era piel de ga-
llina.

